

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

IV CERTAMEN LITERARIO
DE NARRATIVA BREVE

 Biblioteca UCA 

LIBRO DE BIENVENIDA







Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

IV CERTAMEN LITERARIO
DE NARRATIVA BREVE
BIBLIOTECA UCA

LIBRO DE BIENVENIDA

Editorial  UCA

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca : IV Certamen Literario de Narrativa Breve Biblioteca UCA : libro de bienvenida. – Cádiz : Universidad de Cádiz, Editorial UCA, D.L. 2016. - 104 p. ; 18 cm.

D.L.: CA-208-2016

1. Cuentos españoles-S.XXI I. Universidad de Cádiz, Editorial UCA 860-3°20”

ecoedición 

Tinta sin metales pesados y papeles procedentes de una gestión forestal sostenible

Impacto ambiental por producto impreso	Agotamiento de recursos fósiles 0,05 kg petróleo eq	Huella de carbono 0,18 Kg CO ₂ eq
por 100 g de producto	0,04 kg petróleo eq	0,14 Kg CO ₂ eq
% medio de un ciudadano europeo por día	1,25 %	0,6 %


JUNTA DE ARBOLEDAS FORESTALES DE ANDALUCÍA
reg. n.º. 2016/82
Más información en www.ecoedicion.es



- © Biblioteca de la Universidad de Cádiz, 2016
- © Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2016
- © De cada capítulo su autor

Edita: Editorial UCA

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C/ Doctor Marañón, 3 - 11002 Cádiz (España)
servicio.uca.es/publicaciones
publicaciones@uca.es

Depósito Legal: CA 208-2016

Coordinación de la edición y revisión de los relatos: Ana Bocanegra Valle

Motivo de interior: Miguel Álvarez Delgado

Maquetación e impresión: Tórculo Andalucía

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

ÍNDICE

Presentación del Rector	9
Salutación de la Presidenta del Consejo Social	13
David Hernández Ortega	
Con otros ojos, la misma luz	17
Sandra Chinesta Sevilla	
El trozo de papel	33
Juan Miguel Cabello Sánchez	
El lugar donde a nadie le importe nada	51
Pedro Delgado Pérez	
Virus UCA	67
Sergio Díaz Valenzuela	
Geelah	87

PRIMER PREMIO

David Hernández Ortega. *Grado en Filología Hispánica*

SEGUNDO PREMIO

Sandra Chinesta Sevilla. *Grado en Psicología*

TERCER PREMIO

Juan Miguel Cabello Sánchez. *Grado en Historia*

ACCÉSITS, en orden alfabético

Pedro Delgado Pérez. *Doctorado en Ingeniería y Arquitectura*

Sergio Díaz Valenzuela. *Grado en Derecho*

El jurado del IV Certamen de Narrativa Breve «Biblioteca UCA» ha estado formado por los siguientes miembros:

Presidenta

Ana Alonso Lorente. *Presidenta del Consejo Social de la UCA*

Vicepresidenta

Ana Bocanegra Valle. *Profesora Titular de Universidad del Área de Filología Inglesa de la UCA*

Vocales

José Marchena Domínguez. *Director General de Extensión Cultural y Servicio de Publicaciones de la UCA*

Ricardo Chamorro Rodríguez. *Director del Área de Biblioteca y Archivo de la UCA*

Elena López Torres. *Escritora, Doctora en Filología Inglesa, Profesora Titular de la UCA (jubilada)*

M^a Carmen Orcero Domínguez. *Escritora, Licenciada en Historia y Máster en Archivística*

Pilar Castro Virlán. *Gestora del Departamento de Física Aplicada de la UCA*

Ricardo Carrero Galofré. *Coordinador del Comité de Responsabilidad Social del Área de Biblioteca y Archivo*

Secretaría y custodia documental

Guillermo Ruiz Domínguez. *Técnico Especialista de la Biblioteca de la UCA*

[...]
Cabalgo sobre un bosque de palabras,
bajo un mar de palabras me sumerjo;
me acosan, saltan, hieren, una a una
y todas a la vez: «Nómbreme, quiero».

Y voy apaciguando las palabras,
las acaricio, las ordeno y, dueño,
las sonrío y las lanzo, bien maduras,
a la cara del hombre de mi tiempo.

ANTONIO MURCIANO

(Del poema «El poeta llama a las cosas por su nombre»,
La Semilla, Accésit Premio Adonáis, 1958).



Presentación del Rector

Cinco relatos, cinco puntos cardinales.

Como viene siendo ya una tradición, la Universidad de Cádiz da cada curso la bienvenida a su nuevo alumnado con un obsequio que simboliza de forma ejemplar la transmisión del conocimiento: un libro. Es la obra que tiene en sus manos en estos momentos. Con ella, somos de nuevo conscientes de que la lectura supone siempre un caudal de conocimiento y formación que nos hace más libres, críticos y reflexivos.

La obra contiene los cinco relatos premiados en el IV Certamen Literario de Narrativa Breve que, organizado por nuestro Vicerrectorado de Responsabilidad Social, Extensión Cultural y Servicios, desde el Área de Biblioteca de la UCA,

constituye una consolidada iniciativa para que el alumnado de nuestra comunidad universitaria participe con sus creaciones y relatos en los contenidos de un libro que compartirán todos los nuevos estudiantes de nuestra Universidad. Este libro se entrega a nuestro alumnado que se matricula en cualquiera de los 44 grados y 17 dobles grados que configuran la diversa y cualificada oferta académica de la UCA en el curso 2016-17, como emblema de nuestro compromiso académico en esta andadura universitaria que con ilusión se comienza.

Es así. Este libro, publicado por la Editorial UCA, está compuesto por cinco relatos, cinco puntos de encuentro con la creatividad, cinco maneras de contar una historia diferente, cinco ejercicios de imaginación. Como cinco son también las áreas de estudio en que se distribuyen los grados y materias donde se matricula nuestro alumnado. Una especie de cinco puntos cardinales que orbitan en el universo del conocimiento y que nuestros estudiantes eligen en función de sus afinidades académicas y expectativas personales.

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento por su contribución a la edición de esta obra al Consejo Social de la Universidad de Cádiz, a ZAR Libros y a la Editorial UCA: el compromiso que mantienen con la difusión de la cultura permite que hoy contemos con un regalo de enorme valor para nuestro alumnado.

Este año se celebra el 400^o aniversario del fallecimiento del escritor en lengua castellana más genial, internacional e influyente, Miguel de Cervantes. Entre sus muchas sentencias proverbiales, dejó escrito en *El Quijote* que «al bien hacer jamás le falta premio». Una afirmación que conecta la distinción que han recibido los mejores relatos de nuestro concurso de narrativa breve con el esfuerzo, la determinación y el afán que deberá desplegar nuestro alumnado de primer curso de grado durante los próximos años para, gracias a su trabajo y bien hacer, alcanzar el premio de la consecución de sus estudios universitarios.

En este loable empeño, la Universidad de Cádiz, como siempre, va a hacer todo lo posible para garantizarles una formación de calidad en conocimientos, capacidades, habilidades y valores ciudadanos.

Un fuerte abrazo,

EDUARDO GONZÁLEZ MAZO
Rector Magfco. de la Universidad de Cádiz

Salutación de la Presidenta del Consejo Social

Estimadas alumnas, estimados alumnos:

Por cuarto año consecutivo, el Consejo Social de la Universidad de Cádiz, que me honro presidir, ha colaborado con el Certamen Literario de Narrativa Breve de la Biblioteca UCA. Nuestro objetivo, junto al equipo del Área de Biblioteca y Archivo de nuestra Universidad, el Servicio de Publicaciones de la UCA y el Vicerrectorado de Responsabilidad Social y Servicios Universitarios, es promocionar la creación literaria y asentar un espacio de expresión y creatividad para el alumnado de nuestra universidad.

El esfuerzo en común del equipo de personas que hace posible el certamen merece nuestro reconocimiento y agradecimiento, al plasmar su trabajo

en una obra editada con los relatos ganadores del IV Certamen Literario. Un año más, ha sido un reto complicado valorar los trabajos presentados, por su calidad literaria y sus contenidos, cargados de determinación, pasión y compromiso.

No se nos ocurre una manera mejor para daros la bienvenida a nuestra querida Universidad de Cádiz, donde vais a vivir unos años intensos, clave de vuestro futuro, en el que la creatividad también debe tener cabida. Este pequeño ejemplar plasma visiones de estudiantes, siempre con el tema universitario como telón de fondo, como argumento recurrente de la narración, abriéndose a evocaciones y realidades muy diversas y a la plasmación de palabras que las dibujan desde diferentes ópticas y sensibilidades.

En el marco del Plan en Fomento del libro, la Lectura y la Escritura, este certamen nos hace sentir muy orgullosos y sitúa a la UCA como referente de las grandes bibliotecas universitarias de nuestro país.

Este libro también nos ayuda a que conozcáis a vuestro Consejo Social, que representa a la sociedad, a la que se debe la Universidad, y que también necesita de mucha creatividad y estímulos artísticos. Los nuevos alumnos y alumnas de la UCA recibís nuestra bienvenida a la comunidad universitaria de la mano de este ejemplar.

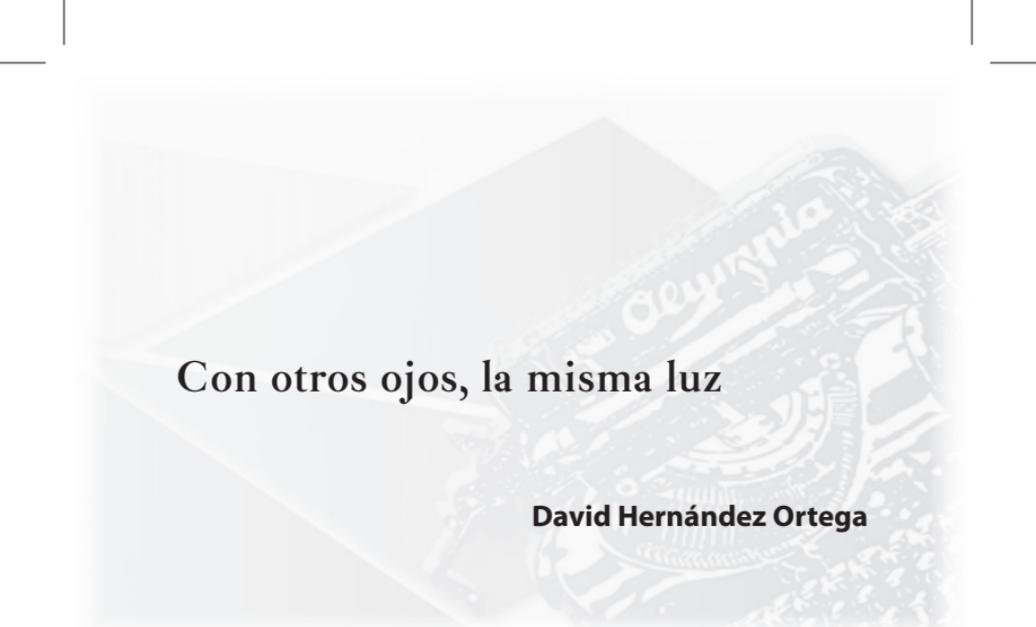
Agradezco a los miembros del jurado su labor y compromiso con este certamen, y felicito a los autores y autoras de los relatos seleccionados.

A vosotros, al alumnado, mis más sinceras felicitaciones también por haber elegido nuestra Universidad de Cádiz. Suerte, con el deseo de que este libro os inspire en el inicio de esta trayectoria académica que ahora comienza.

Un abrazo,

ANA ALONSO LORENTE
Presidenta
Consejo Social de la Universidad de Cádiz





Con otros ojos, la misma luz

David Hernández Ortega

Ayer puede ser cualquier día excepto hoy. Cualquier sueño, pasado o futuro, que nunca tomará cuerpo físico... hoy.

Ayer volví a pasar por la que fue mi casa durante tantos años.

Ni siquiera parece real que el tiempo haya transcurrido como lo ha hecho. Creo que nunca lo parece, sobre todo al llegar a ciertas edades.

Fue casi como quien visita a un viejo amigo después de mucho tiempo. Natural. Fluido. No hicieron falta palabras. El vínculo que une ambas partes está mucho más allá del olvido. Y del tiempo.

Y hacía tiempo. Quizás, demasiado.

El paseo duró poco, menos de lo que me hubiera gustado. Estas viejas piernas ya no dan para mucho más, y los tiempos de perseguir palomas

como los chiquillos hace mucho que quedaron atrás. Ya me gustaría a mí. Pero es ley de vida.

Hacía bastante, aunque no sabría precisar cuánto, que no pensaba en mis años en la facultad. Pero la imagen se hizo en mí, entre momentos y sensaciones, y ya no pude evitarlo: me tomó por rehén y no quiso soltarme. No pude evitar emocionarme al sentir tan presente el recuerdo que ya solo vivía en mi memoria, muy de vez en cuando, siempre con motivo de algún elemento físico que disparara el interruptor del recuerdo. Y volví allí, a entonces, tanto que casi pude olerlo, como si el pasado tuviera un olor característico que nos envuelve y nos guía cuando necesitamos recordar.

El pasado es un sabor. Una palabra. Una caricia. Un instante.

Y sin más, el recuerdo me siguió hasta casa, subido a mi espalda.

No quise desprenderme de él. «No todavía», me decía a mí mismo. Y puesto que la comida estaba recién puesta en el plato cuando entré por la puerta, lo invité a que me acompañara un rato más.

Y así entre bocado y bocado recordé las mañanas de lluvia y cuánto odiaba tener que entrar en clase mojado, los trayectos en tren, los nervios de los días previos a los exámenes, los profesores y sus palabras amables, los compañeros y sus ocurrencias, las horas que no acababan nunca, las que se iban demasiado deprisa, las caricias entre clase y clase, aquella cafetería que apenas pisé, correr por

el patio haciendo el tonto (sólo en momentos muy puntuales, en serio)... La apasionante vida universitaria. Mi vida. Tan excitante y divertida como uno la quiera hacer. Como construir un barco de papel y soñar con surcar los mares. Conquistar un lejano paraíso oriental. El principio es el mismo. La alegría es un estado mental.

A menudo se piensa en el pasado con demasiada tristeza. Demasiada. Es un error humano. Comprendible. Quizás es porque nos equivocamos al pensar que esos momentos vividos ya no volverán, y eso hace que recordemos con pesar, en lugar de pensar que tuvimos suerte de haberlos vivido. Suerte de haber conocido a las personas que conocimos. De las que amamos. De las que admiramos. De los momentos, buenos, malos, regulares, que compartimos con todas ellas. De que decidieran entrar en nuestra vida sin avisar.

Así que cuando recuerdo, suelo elegir recordarlo todo, bueno y malo, e intento hacerlo con alegría. Puede que no siempre lo consiga, pero la intención sigue ahí.

Así seguí recordando las prisas, las pausas y los intermedios. Todo. El tedio, la emoción, los sueños de futuro y el sueño de cada mañana, los cientos de zapatos tamborileando contra el suelo al unísono en una extraña canción que solo ellos comprenden, la comida barata, las colonias caras, los patios atestados, las aulas vacías, las clases con olor a humanidad

y las clases con eco, la biblioteca, los pasillos recién mojados. Todo.

Y sobre ese todo, la amistad. Las imágenes que conviven en el recuerdo son capaces de traer luz a los rincones más oscuros, trayendo a la memoria caprichosamente cualquier escena pasada que ahora decide asaltarme por sorpresa cuando dormito («no estaba dormido; estaba meditando» pienso siempre cuando me despiertan en casa con voz cariñosa por lo inadecuado de la hora. ¿Acaso hay alguna hora que no sea buena para dormir? No contestéis. Cuando lleguéis a mi edad ya me diréis).

De todas las épocas habidas y por haber ésta fue la más feliz de mi vida. La que más huella dejó en mí. La que me hizo ser quien soy. Yo, que estaba mucho más acostumbrado a que las cosas funcionaran a la inversa. A ser yo el que dejara huella. Y eso, que nunca pensé que alguien como yo pudiera siquiera soñar con ir a la universidad. Nunca. Fuimos cuatro hermanos (eran otros tiempos) y hasta donde sé, ninguno eligió una carrera tan vocacional como la mía. Pero yo tuve suerte. Una suerte inmensa, lo reconozco.

Por eso digo que no se trata de elegir qué recordar, sino más bien recordar que no podemos elegir. Que a veces las cosas son como son, y que nos conquistan igual que los recuerdos, que nos invaden, buenos y malos, como las dudas, como la alegría, sin pedir permiso, sin esperar a que estemos preparados para ello. Como las personas. Na-

die es impermeable al resto del mundo. Nadie. Las personas acaban calando en ti gota a gota, por mucho que pienses que no lo hacen. Así fue entonces, y así ha sido siempre.

Me gusta pensar que es por eso que conservo tantas de aquellas amistades aún hoy día. Grandes amistades, diría, que aún se paran para saludar y dedicarme unas palabras al tomar el sol de la mañana por el paseo marítimo, frente a la puerta de cualquier bar del Mentidero, junto a los bancos de la plaza de San Antonio, por las tiendas de la calle Ancha, en el parque... en fin, donde sea. Los antiguos compañeros nunca dejaron de serlo, sin importar fecha o lugar.

Esa luz no se ha apagado en mí. Nunca lo hizo.

Y soy capaz de reconocer aún a muchos de ellos, siquiera por el sonido de sus pisadas. De verdad. Aunque haya otras pisadas que ya no escuche tan a menudo como quisiera...

Así que supongo que ya has adivinado que ésta es también la historia de una separación, pero sólo si eliges verla de esa manera. No te adelantes demasiado. Ya dije antes que puestos a recordar, es mejor recordar lo que se ha vivido. Tiene sentido entonces que gran parte de mis recuerdos estén enlazados a ella, con la que tantas aventuras viví, y de quien tanto aprendí con los años. A quien tanto he querido siempre...

Ella, mi mejor amiga, a la que tanto echo de menos. Pero me disculparéis si no hablo de ella en

este momento exacto. Mi corazón es sensible, viejo y tonto, y a pesar de haber vivido toda una vida, no es más resistente a la tristeza o la alegría de lo que lo era hace años. Supongo que me excito con facilidad. «De tal palo tal astilla». ¿Eso dicen, no? Y «de raza le viene al galgo». Y «la manzana nunca cae lejos del árbol». Pero yo no soy una manzana. Ni un galgo. Aunque sí que me encantaban los árboles y el verde del parque Genovés entre clase y clase... Ay.

Allí era feliz.

Siempre fue un motivo de alegría para mí. El mero hecho de poder asistir a clase cerca de un espacio tan verde, tan vivo, tan feliz, apenas a unos metros de la puerta de la universidad, como sacado de una postal olvidada, con todos aquellos árboles posando para mí contra la silueta azul del mar... No podría haber sido más feliz.

Teníamos un buen grupo, sí, y todos éramos tan amigos como lo permite la edad, que era mucho y rápido. La juventud es así. Tiene la mala costumbre de entrar sin llamar, de irse sin avisar, y de regresar tarde, mal, y nunca. Todos aquellos pequeños pecados de juventud acaban expiándose en la madurez, con el precio de los años. Y todos fuimos cambiando de una u otra forma.

Cada uno destacaba de una manera, a su manera. Todos teníamos un determinado rol o papel en nuestro grupo de amigos, y no me avergüenza re-

conocer que yo siempre fui un poco el peluche del grupo entre las chicas. Lo cual no estaba nada mal.

Bueno, era lógico que siempre estuviera tan contento, ¿no?

Pero ese estado de entusiasmo, de excitación, a veces me traicionaba. No siempre estaba todo lo concentrado que debía, aunque enseguida recuperaba la compostura con precisión casi militar. Y es que me tomaba muy en serio todo lo que hacía: mi trabajo, mis estudios... Pero no dejaba de reconcomerme por dentro la sensación de que a veces... me evaporaba. Me distendía, escapando lejos, muy lejos de donde se suponía que debía estar. Es algo que siempre traté de erradicar de mi personalidad, pero temo decir que nunca lo conseguí completamente. Algunos dirían que siempre he sido un soñador. Otros, que «un cabeza loca». Y seguramente todos tengan razón.

Y es que tuve mis defectos. Como todos. Como ninguno. Como nadie.

Si pudiera vivir dos vidas seguidas, y aún dos, tres, o cuatro, o mil, elegiría repetir siempre aquella época. Siempre. A pesar del estrés, del sueño, del sacrificio. Creo que rara vez nos damos cuenta mientras los estamos viviendo, de qué momentos son especialmente felices o significativos para nosotros. De que cada momento de la vida es único e irrepetible por el mero hecho de cómo elegimos interpretarlo nosotros mismos. De que no volverá a nosotros salvo como recuerdo, y de que podremos

llenar cientos de habitaciones con ellos en nuestro paisaje mental.

Fui feliz, digo. Y traté de hacer felices a quienes me rodeaban.

Puede que no siempre lo consiguiera. Pero lo intenté.

Por supuesto también tuve mis indiscreciones, por mucho que aparezca en la orla (y el mero hecho de aparecer en ella junto al resto de compañeros fue uno de los regalos más bonitos que nadie me ha hecho nunca) como si jamás hubiera roto un plato.

Sí, quizás di alguna pequeña cabezada en alguna clase, pero era comprensible. Trabajar y estudiar a la vez, la mayoría de las veces haciendo ambas cosas al mismo tiempo, resulta extenuante. Pero fueron tan pocas y tan gratamente acogidas (incluso por el profesor), que ni siquiera merece la pena pensar demasiado en ellas. Si puedo decirlo, ahora que soy viejo y se me permiten algunas licencias vetadas a la inconsciencia de la juventud, no lo hice nada mal. Auné trabajo y universidad y nunca me arrepentí de ello. Al contrario. Me sentía orgulloso de mí mismo.

Había tantos motivos para ser feliz... Y todavía los hay.

Sobre todo me gustaba la literatura. No podría decir por qué. O sí.

Supongo que por las palabras, claro.

Las palabras tienen una magia especial, que no se encuentra en ningún otro elemento vivo (¡claro que están vivas!).

Imagino que con el tiempo me he acostumbrado a ellas. A las palabras. A usarlas, a dejar que me recorran como la brisa, salvajes, indómitas y libres. Un poco como yo. Esas palabras que no siempre entendía, pero que aprendí a identificar y catalogar poco a poco. Palabras que conformaban el mundo en el que vivía, que lo describían, que me ayudaban a comprenderlo mejor y me daban la oportunidad de interactuar con el resto de compañeros. Palabras que detallaban una sensación, un sentimiento, una emoción, mejor que cualquier olor, visión o sonido. Palabras. A pesar de que nunca fui muy bueno con ellas, me dejé llevar y soñé con ser más de lo que era. Y lo fui gracias a ellas.

Me acostumbré a que algo tan complejo pudiera expresar emociones tan simples y verdaderas. Tan difíciles de plasmar de cualquier otra forma. A que la musicalidad de cada persona fuera su firma, su nombre, su olor. A que cada entonación vaticine un estado de ánimo. A las historias que encerraban cuando se plasmaban en papel.

Supongo que fue eso lo que me llevó a prestar especial atención a las clases de literatura. Quería saber cómo interpretaba cada persona el mundo a través de sus palabras. Y quería vivir cientos de vidas a través de esas palabras, de esas historias, aun-

que fuera solamente transportado por la imaginación que las recorría.

Muchas de aquellas clases me han acompañado durante todos estos años, y aún lo hacen. Me dediqué a memorizar muchos fragmentos que era capaz de reproducir en mi mente casi de manera textual.

Mis personajes favoritos eran Lazarillo de Tormes y Berganza y Cipión. Un poco de todo. Todo bueno. Quizás como reflejo de mi propia personalidad, un tanto canalla a veces. Quizás, porque todos tenemos una parte de genio reconocido, y otra de feliz anónimo.

Cuando estaba en clase de literatura apenas podía pensar en otra cosa. Ni en el trabajo ni en nada más. Podía estar escuchando durante horas a la profesora sin necesidad de tomar apuntes para centrarme en los matices ocultos en la intimidad de su voz. Una intimidad, un secreto, que por otra parte toda persona posee.

Y así, me limitaba a escuchar como si el resto del mundo no existiera, tratando de recordar cada palabra exacta, memorizándola en el camino de vuelta a casa.

No miento si digo que disfrutaba en aquellas clases como pocas veces lo he hecho con nada más.

Es una de las muchas cosas que echo de menos de aquellos tiempos.

Lo que vino después, al acabar la carrera, fue igualmente emocionante, aunque sin duda diferente. El mundo post universitario puede dar un poco

de miedo, lo entiendo. No creo que sea mejor o peor, sino simplemente distinto. Pero que las cosas cambien no tiene por qué ser malo.

Temer el cambio, sin embargo, sí lo es.

Recuerdo que no todos mis compañeros encontraron trabajo con facilidad. Algunos tuvieron que dejar atrás su vida aquí y la tierra que los había visto nacer para buscar su futuro en otra parte. Otros (y en estos casos ya se veía venir casi desde que empezaron la carrera), ni siquiera tuvieron que esperar a terminar el grado para ver recompensado su esfuerzo. No fueron la mayoría, pero sí unos pocos. Unos terceros nunca llegaron a ejercer ninguna profesión relacionada con sus estudios. Hubo un poco de todo. Como en cualquier aspecto de la vida.

Es lo que tiene. La vida siempre te cobra un peaje. Un amor, un amigo, una palabra... y un recuerdo.

El tiempo volvió, vino y se fue quizás demasiado rápido. Todos crecimos, algunos más que otros, y de maneras muy distintas. Y el tiempo siguió creciendo, enorme y desmesuradamente, sin esperar, sin preguntarnos qué queríamos y a dónde íbamos, como un gigante con aspas de molinos por brazos, más compañero que enemigo, que nos impulsó cada vez más y más lejos, mucho más allá de donde todos empezamos.

El tiempo pasó y como en toda obra, se impuso un cambio de escenario.

Las amistades se fueron alejando, las risas diluyendo, pero nunca el cariño. La juventud se convirtió en madurez, y el temor en experiencia.

Y ahora, doce años después, aquí estamos.

Debo decir que yo no cambié de trabajo, todo lo contrario; seguí haciendo el que ya llevaba a cabo durante la universidad, y lo mantuve tanto como pude, que no fue poco.

Y de cualquier forma no lo hubiera querido de otra manera, por nada del mundo. Si acaso, eso sí, me jubilé antes de tiempo, cuando mi labor ya no era necesaria y pude ganarme un merecido descanso, quizás algo anticipado. Pero me sentí orgulloso todos y cada uno de los días en los que la llevé a casa a salvo. En los que la acompañé allá a donde fue.

Sí. Salí de la universidad de la misma forma que entré, sobre mis cuatro patas, acompañando fielmente a mi amiga. Ella, de la que ahora intentaré reunir suficientes pedacitos de corazón como para poder hablaros sin ceder terreno a la morriña que a veces me embriaga cuando pienso demasiado en ella. Cuando eso pasa, lloro y aúllo, y gruño como si fuera un enorme oso enojado. Pero luego recuerdo que no tengo nada de úrsido, y sí mucho de can lazarillo, y se me pasa. Trato de concentrarme en lo bueno. Aunque juraría que al vecino no le hace demasiada gracia nada de todo este jaleo, sin importar cómo decida calmarme.

Mi dueña, mi amiga, es hoy una importante investigadora del mundo de las letras. Yo siempre supe que lo conseguiría; no lo dudé ni por un instante. Y sus profesores y compañeros tampoco. Ella fue una de las primeras en recibir una oferta de trabajo aún antes de acabar la carrera, lo cual no era extraño, ya que consiguió una de las mejores notas media de toda la clase, y sin usar uno de sus cinco sentidos. Así todo el esfuerzo, todo el sacrificio, todo el cariño, toda la ayuda, tuvieron una recompensa final acorde y merecida.

Dicen que cuando de verdad quieres a alguien, tienes que saber dejarlo ir, aunque la ausencia os duela a los dos, o a uno, más de lo que creerías posible. Pero hay personas que están destinadas a hacer cosas realmente grandes, aunque eso las lleve a kilómetros y kilómetros de donde empezaron.

Ahora da clases, igual que ella las recibió, con cariño y entusiasmo. No me gusta pensar en cuánto la echo de menos, porque no encuentro las palabras para describirlo. Ya he dicho antes que nunca fui muy bueno con ellas, con las palabras, y en asuntos como éste mucho menos aún. El corazón te traiciona, y las palabras no encuentran cauce que las ayude a salir. Sí, soy todo un poeta peludo. Algo que tampoco creo que sea tan grave. Dicen que William Blake era extraordinariamente hirsuto. Y quizás un poco perro.

De cualquier forma, sé que ella se acuerda de mí, tanto como yo de ella.

Yo, que fui sus ojos; ella fue mi mundo. Todos cumplimos un propósito en esta vida, y de verdad que creo que yo cumplí con el mío. Creo firmemente que nunca nos sentimos tan dichosos como cuando descubrimos cuál es ese propósito, como cuando pensamos que hemos hecho lo que debíamos. Yo creo en esos propósitos. Y el mío fue ella, sin ninguna duda. Fue ayudarla cada mañana en su camino. En su día a día. En los días buenos y en los malos. En la alegría, en el llanto, en los días de estrés y en la diversión con los amigos de clase. Permanecer a su lado, junto a ella durante toda aquella fantástica aventura que fueron los años de universidad, y de muchas otras cosas. Las confidencias, las caricias, los abrazos. Fui parte de todo aquello, y siempre nos tuvimos el uno al otro.

Ella nunca dejó de esforzarse. Nunca dejó de creer en sí misma, como ella sabía que debía hacer. Y las adversidades, si alguna vez las hubo, dejaron de existir, y cuando aparecían de nuevo se convertían en inspiración, en motivos. Motivos para estudiar una hora más, para recordar que disfrutaba con lo que hacía y que era afortunada por poder hacerlo. Motivos para saberse poseedora de su destino. Motivos para soñar con ver a través de sus libros cientos de atardeceres y puestas de sol, conocer miles de tierras exóticas, descifrar mil enigmas y aventuras. Conocer el mundo que la rodeaba a través de los libros. Motivos para reír. Motivos para soñar, año tras año.

Motivos para ser la mejor versión de sí misma.

Tuvimos eso en común. Éramos como la extraña pareja. Dos seres que se sentían afortunados de estar donde estaban, sabiendo que aquél era su sitio, su momento.

Ahora bien, quizás algunos piensen que la universidad no es sitio para un perro.

Quizás algunos piensen que tampoco lo es para muchos otros que no encajan con su forma de pensar, de vestir, de sentir. Es posible que haya individuos en este mundo que necesiten etiquetar y compartimentar cada aspecto y persona de esta vida solo para así sentirse más seguros, más ajenos a sus propias carencias. Que piensen que hay lugares que resultan excluyentes por su propia idiosincrasia, para todos aquellos que son diferentes a la idea que ellos conservan de cómo deben ser las cosas.

Y esto atañe a todo tipo de personas, en todo tipo de circunstancias.

Pero yo siempre entendí la universidad como un espacio de crecimiento y libertad, de amistad y conocimiento, y en esos mundos no puede haber barreras de ningún tipo. ¿Cómo podría ser de otro modo? Hablemos de perros o de humanos, el principio es el mismo.

Y claro, es lógico que personas que puedan pensar así, duden aún más de que alguien (¿algo? ¿No debería la semántica estar tan viva como los entes que designa para darse cuenta al fin de que soy algo más que un perchero?) como yo, pueda

sentir y pensar de esta forma. Que pueda expresarme así, de esta manera tan colorida y cercana, usando tus propias palabras, para hacerte llegar mis recuerdos, mis anhelos, mis vivencias. Para ser uno más, igual que me sentí durante todos aquellos años de universidad.

Querido, aceptado, feliz. Parte de un todo.

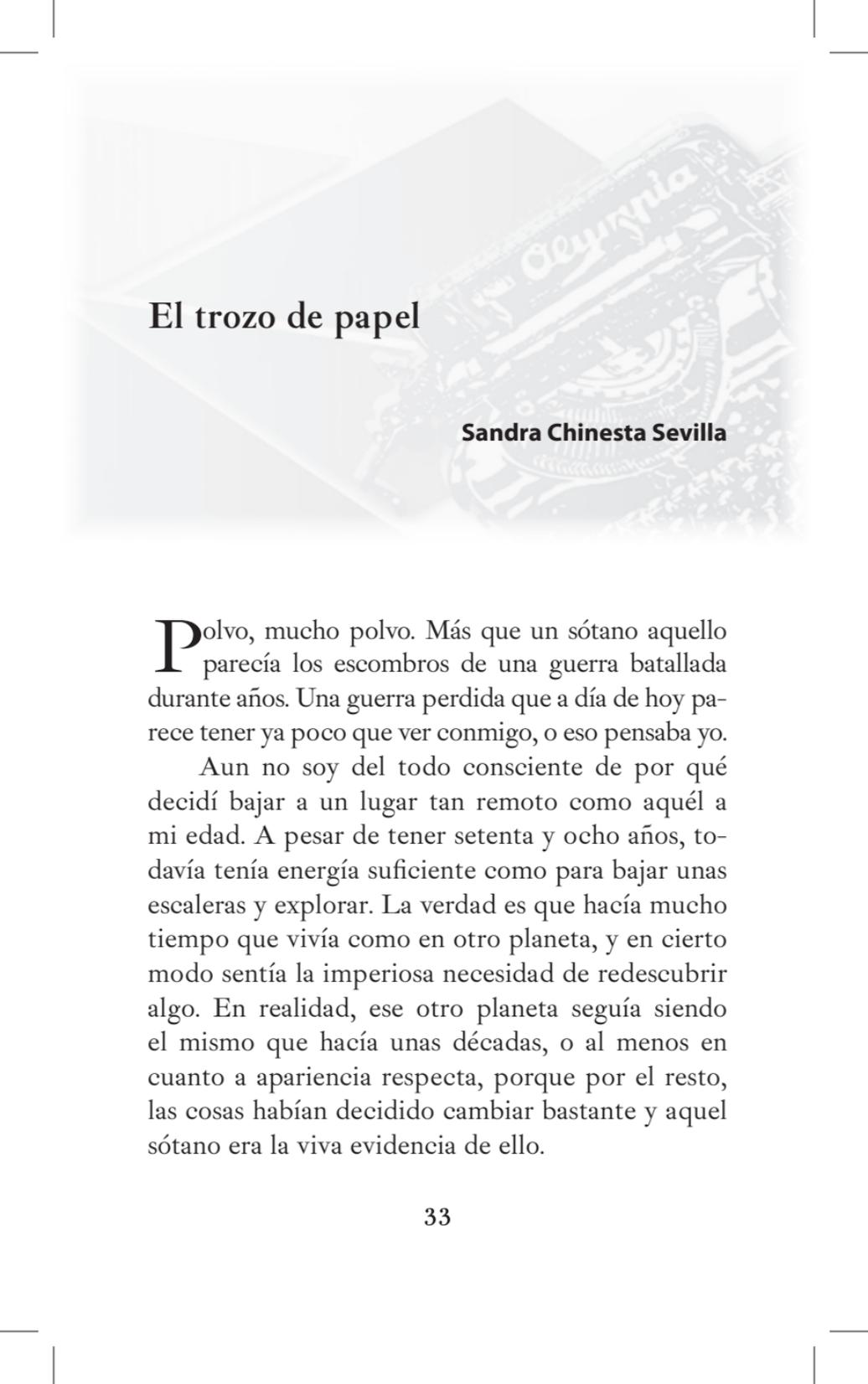
Para todos aquellos que olvidaron que este mundo está hecho de sueños, traigo una visión diferente.

Digamos simplemente que esa es la magia de la literatura. Como Cipión. Como Berganza. Soñar con entender todo aquello que escapa a nuestra comprensión. Soñar con ser hombres o perros, sin limitaciones. Todo aquello que creemos que jamás dominaremos pero que está esperando a que nos decidamos a intentarlo. Esa es la clave de todo principio. De la vida, de la universidad, de la literatura.

Dar voz propia a quienes no la tienen, y oídos a quienes olvidaron cómo usarlos.

Y si alguno aún duda de que esto pueda ser cierto, de que alguien como yo pueda expresarse como lo hago, dejadme añadir una última cosa al respecto, para esos que olvidando se olvidaron a sí mismos:

¡Guau!



El trozo de papel

Sandra Chinesta Sevilla

Polvo, mucho polvo. Más que un sótano aquello parecía los escombros de una guerra batallada durante años. Una guerra perdida que a día de hoy parece tener ya poco que ver conmigo, o eso pensaba yo.

Aun no soy del todo consciente de por qué decidí bajar a un lugar tan remoto como aquél a mi edad. A pesar de tener setenta y ocho años, todavía tenía energía suficiente como para bajar unas escaleras y explorar. La verdad es que hacía mucho tiempo que vivía como en otro planeta, y en cierto modo sentía la imperiosa necesidad de redescubrir algo. En realidad, ese otro planeta seguía siendo el mismo que hacía unas décadas, o al menos en cuanto a apariencia respecta, porque por el resto, las cosas habían decidido cambiar bastante y aquel sótano era la viva evidencia de ello.

Resultará gracioso, y a mi parecer, un tanto insólito, pero en ese lugar lleno de embalajes, telarañas y cachivaches, me encontraba más en mi mundo que nunca antes, y es que se respiraba el pasmoso aroma de los recuerdos grabados en un árbol de navidad o en unos juegos de mesa. A poco estaba de olvidar lo que se sentía al sentarse en una mesa a compartir ingenios, historias o hazañas con otras personas. Ya casi nadie lo recuerda. En este mundo, salir a la calle a tomar un café o mirar cinco centímetros por encima de una pantalla no está a la orden del día, no señor, y me atrevería a decir que en este siglo nadie sabe realmente lo que es importante.

Sin darme apenas cuenta, mis manos ya estaban rebuscando entre los recovecos de la habitación, con un singular y fantástico revoloteo en el estómago que me tenía totalmente ensimismada. Pasaron pocos minutos cuando encontré aquel tesoro. O quizás, él me encontró a mí. Era una caja bastante voluminosa, precintada con cinta adhesiva en cada esquina. Estaba desgastada, aunque seguía manteniendo su forma. Arranqué sin tapujos las cintas, y al observar con expectación el interior, me topé con un libro escondido entre trizas de papel. ¡Un libro! Señor, algo se revolvió por mis adentros, y podría decirse que la sensación fue muy similar a la que sentiría si descubriese el parque jurásico de Steven Spielberg. En la portada había un dibujo grabado, una especie de logo con dos «U» enlaza-

das, una mirando a la derecha y otra a la izquierda. Me resultaba demasiado familiar. Debajo del libro había un mp4 y unos auriculares. Fue absolutamente inevitable que se me escapara una pequeña risilla tonta al pensar en lo arcaico que resultaba todo aquello. Encendí el aparato con algunas dificultades y comenzó a sonar un piano. Esa melodía me hizo estremecer sin saber muy bien por qué y, como pétalo que lleva el viento, lo abrí por la primera página: «Todo comenzó allí, entre sueños, ilusiones y aspiraciones. Entre esfuerzos, abatimientos y pronunciamientos. Donde nos forjamos, donde evolucionamos, y gracias a ello, ahora resistimos».

Antes de que pudiera pasar a la siguiente página, un sonido chispeante sustituyó al piano e invadió mis oídos. Me arranqué los auriculares de cuajo. Aquello fue inquietante, y casi me paralizó por completo. Giré la cabeza en busca de algún responsable, pero no encontré nada diferente en la habitación, solo calma y silencio. Pero justo en el momento en el que volví la mirada hacia el libro, todo mi alrededor se había esfumado. Mi cuerpo se desplomó en el suelo y quedé inconsciente.

* * *

Me sentí muy aturdida durante unos segundos, con la cabeza agachada, los ojos entrecerrados y la espalda arqueada. Y... ¿sentada...? De estas veces que no sabes muy bien si tu cuerpo está dónde tú

crees que está. De repente, comencé a escuchar una voz que se hacía camino entre mis oídos taponados, alcé la mirada al frente y me froté los ojos intentando recomponerme un poco de aquella extraña situación.

—Así bien, os deseo mucha suerte a todos en vuestro primer año en el grado de Psicología de la Universidad de Cádiz —concluyó orgulloso el decano del centro.

—¿Pero... qué? ¿Inicio del curso en Psicología? —balbuceé sin terminar de asumir muy bien lo que estaba escuchando y me froté de nuevo los ojos.

Aquello parecía demasiado real. ¿La universidad...? ¿En Puerto Real? y estaba a... ¿septiembre de 2012? Miré a mi alrededor. Estaba sentada en una de las butacas moradas de la sala de conferencias de la Facultad de Educación, rodeada de los compañeros que sesenta años atrás habían compartido cuatro años de su vida junto a mí, y que, en ese momento, parecían no conocerse aún. Pero... ¿eran ellos de verdad? ¿Cómo era posible que yo estuviera allí de nuevo? En ese instante una ráfaga de viento me sorprendió corriendo desde la puerta, me giré y fue cuando la vi: allí estaba. Definitivamente esa era yo. Era la Amanda de dieciocho años que un veintitrés de septiembre decidió apoyarse en el marco de la puerta de la sala de conferencias, a esperas del inicio del curso. No podía creer lo que estaba viendo. No dudé un segundo en levantarme de mi asiento y correr hacia ella (¿o yo?), aún con las pier-

nas algo entumecidas, como si me hubiese tirado años sentada en aquella butaca morada. ¡No podía dejar pasar aquella oportunidad de hablar conmigo misma! ¿Qué le diría? ¿Qué me diría?...

En cuanto me posicioné en frente para decirle lo que fuera que iba a decirle, sufrí la sensación más estrambótica y siniestra que había sentido nunca. Amanda avanzó y traspasó mi cuerpo, continuando su camino por el pasillo de la facultad sin percatarse de que se había cruzado con su «yo» de unos pocos años más. Increíble. Imposible. Ignorando por el bien de mi cordura lo sucedido, volví a correr detrás de ella, esta vez gritando su nombre como si me fuera la vida en ello. Hacía tiempo que no perseguía algo con tanta intensidad, y para mi sorpresa, Amanda se dio la vuelta, retrocediendo los pasos que había andado y situándose de nuevo delante de mí. Los amagos por hacerme ver fueron totalmente en vano, pues intenté tocarla, abrazarla, incluso golpearla levemente, pero en todos los intentos traspasaba su cuerpo como si de un fantasma se tratase. No obstante, su rostro mostraba algo, era como si a pesar de no escucharme ni verme, pudiera sentirme.

Repentinamente, Amanda pegó un bote sobre sí, puso cara de decisión y entró de nuevo en la sala de conferencias, dirigiéndose a una chica que estaba aún sentada anotando en su cuaderno. Decidí poner un poco la oreja en la conversación, aunque, para decir verdad, recordaba aquel momento a la

perfección. Esa chica fue mi mejor amiga durante muchísimos años, y aquel momento fue el que marcó el comienzo de nuestra gran historia, jamás podría olvidarlo.

—Eh... ¡hola! Soy Amanda, he visto que estabas un poco sola aquí, y bueno, soy nueva también, y no conozco a nadie... no sé muy bien por qué, pero desde que comenzó la presentación he pensado que debía hablarte para conocerte —soltó Amanda bastante nerviosa.

—¡Hola! Me llamo Diana, ¡encantada de conocerte! —la chica se colocó las gafas en su sitio y le regaló una preciosa sonrisa llena de simpatía.

—Encantada Diana, la verdad es que me iba a ir del tirón para casa, pero a mitad del pasillo he sentido que si no te hablaba ahora... ¡no lo iba a hacer nunca! Fíjate que cosas...

—¡Venga ya! —dijo Diana entre risas—. Yo he pensado lo mismo, te lo juro. No sé, de estas veces que sabes que vas a terminar siendo amiga de alguien sí o sí, ¿sabes? —se quedó un poco pensativa y pegó un bote sobre el asiento—. ¡Vamos a tomar algo juntas en la cafetería! Así nos contamos un poco de nosotras —se levantó y agarró a Amanda por el brazo.

—¡Me parece genial!

Las dos salieron de allí y se desvanecieron ante mí. Un segundo después sentí como mis piernas perdían el equilibrio, el pulso de mi corazón

se ralentizaba y mis párpados se cerraban poco a poco.

* * *

Todo se tambaleaba a mi alrededor otra vez. Tenía los ojos llenos de legañas y me costó bastante abrirlos con normalidad. ¿Dónde estaba ahora? ¿Qué estaba pasando? Este lugar...

—Bien, pues esta son las llaves de tu nuevo piso, Amanda —dijo el casero—. Espero que te vaya muy bien y con lo que sea, puedes llamarme.

—De acuerdo, Joaquín. ¡Muchas gracias por todo!

Venga ya, ¿éste es el día que me mudé a mi piso de estudiante? Recuerdo lo muchísimo que me costó tomar aquella decisión. Tenía miedo, nunca había vivido fuera de mi casa y estaba demasiado acostumbrada a que mis padres me resolvieran todos los problemas. Pagar facturas, hacer la compra, limpiar la casa... Era algo impensable para mí. Y mis compañeras, ¡ni las conocía! No tenía la más mínima idea de todo lo que iba a aprender, me esperaba una aventura apasionante.

Entre pensamiento y pensamiento perdí de vista a Amanda, ¿dónde se había ido? Corrí a lo que por entonces era mi habitación. La encontré echa un ovillo en la cama, rodeada de paredes todavía vacías, sin vivencias e historias impregnadas en ellas. Estaba llorando. Sus manos sujetaban fuertemente una fotografía. Madre mía... Alejandro. El

mismo día que me mudé a ese piso, mi novio, con el que había compartido tres años de mi vida, me había dejado por motivos de «distancia». Él se fue a estudiar a Sevilla y yo a Puerto Real. ¿Qué clase de distancia era esa? Jamás logré comprenderlo, y la realidad es que nunca más supe de él.

Me acerqué al filo de la cama, esta vez más tranquila, sabiendo de antemano que no iba a verme ni a escucharme. A pesar de seguir siendo como un espectro para ella, hice el amago de abrazarla y acariciarle el pelo, intentando de alguna manera transmitirle tranquilidad. No sé muy bien qué clase de juego onírico era aquél, pero sentía la necesidad de animar a la chiquilla, olvidando por completo que ese animal indefenso era yo hace tantos años.

—Amanda, sé que no puedes escucharme, pero quiero que sepas que tú puedes con esto y con mucho más. Entiendo que es difícil, porque toda tu vida está cambiando, pero no olvides que, a pesar de todo, estás aquí. Tú has sido la que ha tomado la decisión de venir, de luchar por el futuro como psicóloga que siempre has querido. Has sido valiente por elegir el camino que creías correcto, por romper con todos tus esquemas, por dar un paso adelante y no quedarte quieta en el tiempo. Incluso a pesar del dolor, sabes que nada es eterno. Sabes que después del sufrimiento viene el resurgimiento, y como persona fuerte que eres, sabrás qué hacer en cada momento, y serás tan valerosa de saber cuándo necesitas de los demás. Además, por

muy negro que lo veas todo ahora, esta casa va a ser algo que recordarás toda tu vida. Lo vas a disfrutar muchísimo, y vas a aprender a ser mejor persona. Cariño, llora todo lo que necesites ahora, pero no te rindas nunca.

Amanda se retorció sobre sí misma y fijó la mirada al frente durante unos largos segundos. Se limpió la cara con la manga de la sudadera y se levantó de un salto. Yo seguía tumbada en la cama, persiguiéndola con la mirada llena de lágrimas. No había podido evitar emocionarme con todo lo que le había dicho. Jamás habría creído que podría decir algo así a alguien. Observé cómo buscaba algo entre los cajones. ¿Una tijera? La chica cogió la foto y la besó. La miró con una expresión entre nostalgia y determinación, y la cortó por la mitad. En ese momento, el sonido de una puerta inundó el silencio:

—¡Amanda, ya estamos en casa! —gritaron desde abajo unas voces a coro mientras un pequeño gatito se metía sin llamar en la habitación—. ¡Baja que hemos traído pizza y juegos de mesa! ¡Como tardes en bajar nos la comemos y jugamos sin ti!

—¡Voy! —soltó un suspiro seguido de una media sonrisa, acariciando al animalito que se le enroscaba en la pierna buscando cariño—. ¡No me dejéis sin pizza, malditas! —gritó, y echando una última mirada a la maleta abierta en el suelo, salió por la puerta perseguida por el felino.

¿Había tenido algo que ver mi discurso con el comportamiento de Amanda? No lo sé, pero lo cierto es que me sentía bien, increíblemente bien.

La estancia se había quedado tranquila y todo parecía en calma, así que aproveché para acercarme a la maleta abierta. Total, no estaba haciendo nada malo, todo aquello era «mío». Al revolver un poco las cosas me conmoví. Toda mi ropa, mis cosas de cuando tenía dieciocho años... y mis partituras. Tocaba el piano y solía escribir partituras, y estaba delante de las primeras que hice. Las había perdido y pensaba que nunca las volvería a ver... ¿Retomaría algún día el piano?

De nuevo, se me empezaron a entumecer las piernas y se me desvaneció la visión. Otra vez está ocurriendo. ¿Qué es lo que está pasando aquí...?

* * *

Silencio.

Antes de que mis ojos reaccionaran de nuevo a la consciencia, mi olfato ya identificó aquel olor. Papel, tinta impresa... Era evidente el lugar al que mi peculiar viaje me había traído. Madre mía, cuántos libros debería haber allí. Abrí los ojos y me topé a mi alrededor con estanterías repletas de conocimiento, mesas inundadas de folios, personas nutriéndose de sabiduría... En definitiva, me encontraba en la biblioteca de mi facultad. Cuánto tiempo había pasado desde que el silencio de la reflexión

y la lectura no recorría mi piel. Cuántos momentos pasé en este lugar... Era sencillamente fantástico.

Nuevamente, ignorando lo surrealista de todo lo que estaba pasando, me asaltó una infinidad de pensamientos... ¿Cómo podían haber desaparecido estos santuarios de papel? En mi siglo, las «microchiptecas» se habían hecho con el monopolio del conocimiento. Y no penséis que estos sitios son lugares acogedores, plagados de historias y de lucha por conseguir una meta. No. En absoluto. Todo se reduce a una especie de almacén de «microchips temáticos». Estos microchips tienen información de diversos temas, y lo único que hay que hacer es introducirlos en una ranurita conectada al cerebro que injertaron unos cirujanos a todas las personas al nacer (y si eres de la antigua generación como yo, te costará una pequeña cirugía extra). Una vez que la introduces, esperas unos segundos a que se procese la información y *voilà*, serás un experto en física cuántica durante los próximos tres meses. Y si quieres seguir siéndolo más tiempo, desembolsa tu riñón. Esto funciona así. Las cosas ya no se trabajan ni se preparan con demasiada antelación. ¿Te hace falta ser una máquina en astronomía para impresionar a esa chica en una noche de estrellas? Pues solo te costará el ir a uno de estos establecimientos e introducirte el puñetero microchip. Qué romántico, ¿verdad?

Mi disertación filosófica sobre las estrellas y el amor se interrumpió cuando vi a Amanda despa-

rramada sobre sus apuntes, rodeada de vasos vacíos de café y con un moño tan desaliñado que podría guardar una pistola en él. ¡Dios santo! ¡Parecía que le había atropellado una manada de elefantes!

Esta vez no lo dudé, me acerqué a su mesa y me senté a su lado, echando un vistazo a lo que se traía entre manos. Recordaba ese día, estaba preparándome un examen final de la asignatura de «Psicopatología II». La materia era terriblemente difícil, llena de conceptos y terminologías extrañas. Pasé horas y horas estudiándola, y aquel día no podía más con mi alma. Si me hubiesen hablado de los microchips temáticos en ese momento los habría comprado a cualquier precio. Créeme que sí. Como si hubiese tenido que comerme un plato de caracoles (los detestaba hasta el punto de agredir física o verbalmente a alguien si me aproximaba uno a menos de un metro).

Bueno, no me acerqué a Amanda para ofrecerle uno de esos cacharros. Si algo me había enseñado esta travesía a través del tiempo es que nada es imposible y, efectivamente, ese espantoso examen tampoco lo era. Apoyé mis manos sobre sus hombros, manteniendo como pude la compostura por mi condición fantasmagórica, y esta vez, decidí hacer algo diferente. Aprovechando que tenía la cabeza escondida entre sus brazos, robé un trozo de papel de entre sus apuntes. No sabía muy bien por qué el resto de los objetos sí podía palparlos como un humano normal, pero la verdad es que no me lo

cuestioné demasiado, y el hecho de poder hacerlo me resultó de bastante ayuda. En él escribí la siguiente frase: «Puedes si crees que puedes».

Solté el papel delante del folio que parecía estar leyendo antes de desplomarse, me aproximé a su frente para darle un beso y le susurré: «El resto está en ti pequeña». Me alejé de ella, y cuando ya estaba casi saliendo de la estancia, un soplo de aire me hizo volver la vista atrás. Amanda había levantado la cabeza de su escondite y apretaba fuertemente el papel entre sus manos. A pesar de sus ojeras, parecía decidida a retomar el trabajo. Rebuscó entre los bolígrafos de su estuche y sacó un pequeño rollo de celo, y sin pensárselo dos veces, arrancó un par de trocitos y pegó la frase en el panel de aluminio que tenía en frente. Acto seguido, se recolocó el moño y reanudó la lectura de sus apuntes.

No pude más que regalarle una sonrisa a las paredes de la biblioteca.

* * *

Todo se nubló.

—¡Abuela! ¿Dónde estás? —el grito del chaval resonó en todo el sótano—. ¿Qué haces ahí abajo abuela? ¡Sube, mamá dice que vamos a soplar las velas ya! —sin levantar la cabeza de su iPhone 33, volvió a meterse en la casa. Hoy mi querido nieto Adán cumplía la mayoría de edad.

La voz del chico retumbó en mis oídos. Todavía no sabía muy bien dónde me encontraba. ¿Ya estaba de nuevo en mi sótano? ¿Qué había pasado? ¿Había sido todo un sueño? Si no había sido real, lo había parecido bastante.

Me levanté de un salto, descuidando la idea de que volvía a la estabilidad de la realidad, lo cual provocó un estruendoso crujido en los huesos de mis rodillas. Eché un rápido vistazo a mi alrededor; la caja seguía allí, pero ¿y el libro? ¿Dónde estaba el libro? Tampoco estaba el mp4. «Qué raro», pensé mientras me rascaba el cogote. Me sentía bastante aturrida y pensativa. Evocaba a la perfección las situaciones reales que había «soñado» esa tarde... El momento en el que decidí lanzarme a hablar con Diana, cuando decidí romper aquella foto y bajar con mis compañeras, y cuando apareció por arte de magia aquel papel. En cada ocasión quise tirar la toalla, lo recuerdo vívidamente, pero hubo algo que lo impidió siempre. Algo que en esas fechas habría jurado ser un milagro. Pero... en realidad, ¿fui yo misma? Es decir, ¿y ese papel? ¿lo escribí «yo»?... Me estaba empezando a estrujar demasiado los sesos con este asunto... Ha pasado mucho tiempo desde aquellos días, y quizás lo del papel y lo demás son recuerdos falsos, y ni siquiera ocurrió realmente...

Con aire un poco desesperanzado, decidí subir las escaleras para reunirme con mi hija y con mi nieto. Parecía que la palpitante travesía había finalizado, y ya tocaba volver a la innegable realidad.

Subí lentamente peldaño a peldaño, rememorando casi sin querer mis vivencias universitarias. Era increíble cómo había olvidado tantas cosas. Pero ahora me sentía diferente. Esboqué una pequeña sonrisa mientras paraba mentalmente en cada estación de mi gran viaje, y casi caí de un traspie en el último escalón. Intenté creer que mi aventura sería escuchada por mi familia, que nos sentaríamos a comer tarta y café a hablar de cómo huele un libro, de las leyendas de la universidad... Me encantaría que mi nieto viviera esa experiencia. Me cuesta imaginarlo desenvolviéndose solo entre tanta novedad. Adán, como el resto de los chavales de dieciocho años de mi siglo, no tiene especial interés en estudiar literalmente una carrera. Y ojo, no es su culpa, es lo que han aprendido, hoy en día las cosas se consiguen sin esfuerzo, y si no se consiguen, se enfadan con «esta maldita sociedad». Lo cierto es que, aunque parezca mentira, aún existen las universidades en ciertos puntos del mundo, pero solo ingresan en ellas los que no han olvidado el valor de la lucha y la capacidad de soñar. El mundo todavía tiene esperanza, y son esos chavales capaces de revelarse y forjarse como personas.

De nuevo perdí la noción del tiempo. «Amanda, Amanda, eres una soñadora empedernida en un caos estático, vuelve a la tierra cariño» pensé sonriendo. A veces tenía que devolverme yo misma al mundo, me gustaba demasiado perderme entre divagaciones y reflexiones.

No me detuve más y me dirigí al salón. Para mi sorpresa, mi hija y mi nieto estaban hablando sin sostener un teléfono móvil entre las manos. No diré que aquello me sorprendiera más que cuando vi el libro, pero podría hacer un curioso símil. Observé cómo junto a la tarta había una enorme caja que ponía «Abuela Amanda». Parecía la caja precintada del sótano, solo que esta vez estaba envuelta por un brillante lazo rojo. ¿Un regalo?...

El chico se percató de mi presencia y sin demorarse, se aclaró la voz:

—Mamá, abuela, antes de que oficialmente cumpla dieciocho años, quiero daros una noticia. He decidido ir a la universidad. Me ha costado mucho venir aquí a decíroslo, pero algo en mí me pide que lo haga, y sé que, si no lo hago ahora, no lo voy a hacer nunca —Adán se sentó en la silla de brazos cruzados muy satisfecho, y esperó la contestación de su familia.

Antes de poder articular palabra, se hizo el silencio de nuevo. Esta vez, ya nada daba vueltas, ni las piernas se me entumecieron. Los parpados no pesaban, simplemente caían por su peso natural, y una sensación sobrecogedora inundó mi alma. Parece que la travesía de mi vida iba a continuar. Me sentía feliz.

* * *

—Aquí es —suspiró Adán—. Aun llevaba puesta la banda de graduación, y en su mano derecha sujetaba fuertemente su diploma de psicólogo.

—¿Quieres que te deje unos minutos a solas con ella?

—Sí, gracias...

A pesar de que Iván había sido siempre el apoyo emocional de Adán desde que se conocieron en la facultad, esta vez necesitaba un tiempo de reflexión en solitario.

El suelo estaba algo fangoso, pero eso no supuso ningún problema para que Adán se sentara junto a su abuela. En la otra mano, sujetaba una carpeta negra. Intentó que no ocurriera, pero fue inevitable que una lágrima comenzara a recorrer su mejilla.

—Bueno... pues aquí estoy abuela. Jamás imaginarías que llegaría tan lejos ¿eh?... Y todo te lo debo a ti. Hace cuatro años fuiste tú, para mi sorpresa, la que entraste una tarde en mi habitación y me hablaste de tus historias de cuando estudiabas en la universidad. Sé que por mucho que te lo diga no me vas a creer... Y es normal que no lo recuerdes, al fin y al cabo, empezabas a perder tus recuerdos a una velocidad espantosa... Todos estábamos tan preocupados porque ni siquiera recordabas tu nombre a veces... Pero aquella tarde, como por arte de magia, lo recordabas todo, y se te veía tan feliz... que me lo contagiaste por completo. Fíjate, ¡conseguiste incluso que dejara de mirar mi móvil!, que, para entonces, era un condenado vicio para

mí. Me hablaste de tantas cosas... Recuerdo cómo me explicaste el momento en el que conociste a tu amiga Diana, y de todas las aventuras que vivisteis a raíz de aquel día. Me pareció tan emocionante que cuando vi a Iván por primera vez en las puertas del aula, no dudé en presentarme. ¡Como hiciste tú abuela!, y ahora es una de las personas más importantes en mi vida. También he aprendido a luchar por lo que quería. Aquí me tienes, recién graduado y con ganas de seguir aprendiendo por mis propios medios. ¡Si es que no he visto un solo microchip temático en toda la carrera! A quien se lo cuente no se lo creerá, y me dará por loco. Pero ¿sabes?, me da completamente igual. He descubierto lo que es desarrollarse como persona y no pienso renunciar nunca más a ello.

Adán se levantó cuidadosamente, y después de suspirar un par de veces, abrió la carpeta y rebuscó entre los papeles hasta sacar un pequeño y desgastado trozo de papel muy arrugado, con marcas de celo en las esquinas, como si hubiese estado pegado en alguna parte antes. Lo desplegó y lo colocó con cariño junto al nombre esculpido de su abuela:

—Nunca habría podido sin haber creído que podía hacerlo. Gracias por hacérmelo ver.



El lugar donde a nadie le importe nada

Juan Miguel Cabello Sánchez

Yo, libros, biblioteca.
Esa es mi vida. Siempre he estado acostumbrado a eso y siempre lo estaré. A fin de cuentas no es tan malo, ¿a que no? Sabes que algo grande te espera, solo que no tienes ni idea de cuándo sucederá ni qué es exactamente. Puede ser que salves el mundo, o puede que tu misión en la vida sea hacer una App para el móvil que te diga donde están las mejores hamburguesas de la ciudad en la que te encuentres.

Lo cierto es que no siempre he estado tan solo, de hecho casi nunca suelo estarlo. Soy el pequeño de nueve hermanos, con sus respectivos hijos, maridos, mujeres, novias, novios... un tostón. Actualmente vivo con mis padres, no es que viva con todos mis hermanos en la misma casa, pero siempre

se pasan a hacer alguna visita, a dejarle los niños a la abuela... sobre todo si llegaba la mágica fecha de los exámenes de Miksa, ahí todos mis hermanos parecían necesitar dejar a sus hijos en casa de mis padres o, en su defecto, pasarse por casa a merendar.

Por eso me gustaba tanto la biblioteca. Además, desde pequeño solía ser el bicho raro, la persona más gris que se pueda imaginar. No tenía amigos, siempre era el chico de los ojos grandes y la ropa vieja, pero entonces descubrí mi panacea. La biblioteca escolar. La mayoría pensaba que los libros habían sido una creación de los adultos para absorbernos la energía vital, así que nadie me molestaba allí. Además, cuando eres el pequeño de tantos hermanos, haz lo que hazas siempre habrá alguien que lo haya hecho antes. Menos estudiar, en eso les gano a todos.

Así fue como pasé mi infancia, mi adolescencia y como paso la mayor parte de mi vida adulta (o eso me dicen, que soy un adulto). Tan solo cambió la biblioteca del colegio público El Trocadero por la de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz, pero algún día todo cambia.

Era una mañana como cualquier otra, como todas y cada una de las mañanas de enero. Iba camino a la facultad embutido hasta el cuello en lana y, cuando llego a mi sitio de siempre, está ocupado. ¿Os lo podéis creer? Bueno, no es que fuera mi sitio, aunque para el tiempo que paso allí deberían habérmelo reservado con cintas de terciopelo y un

trono. El caso es que ahí estaba él. Lo conocía de vista, era aquel chico que siempre estaba alborotando en el patio y decidí ocupar el asiento de la otra mesa y taladrarlo con la mirada de vez en cuando.

¡Qué descaro! La gente se pasa medio curso bebiendo cervezas en el patio y cuando llega enero cree tener el derecho a usurpar tu asiento en un triste intento de salvar el semestre con un suficiente raspado, pero había que aguantarse. Así que fui a coger los libros que necesitaba y seguí completando apuntes, como solía hacer cada mañana aprovechando esas horas libres que te vienen de perlas cuando acaban algunas asignaturas antes de los exámenes.

—Perdona, eres Miksa ¿no?

Levanté la cabeza como si me hubieran noqueado, la verdad es que la gente no solía hablarme y, como ya he dicho, estaba bastante acostumbrado a ello y ya ni me molestaba. Pero allí estaba él. Aquel estúpido usurpa-asientos, con su estúpido pelo castaño y sus estúpidos ojos verdes mirándome fijamente a mí.

—Sí, soy yo, ¿qué quieres? —me di cuenta un poco tarde de que quizá había sonado un poco brusco. Demasiado brusco. Antisocialmente brusco.

—Vaya, mira... esto... la verdad es que no nos conocemos de nada, pero he oído hablar de ti. Soy de segundo de Historia...

—No voy a dejarte apuntes.

La respuesta salió tan automática que me arrepentí de haberla dicho desde el instante en que abrí los labios.

—Vaya, qué borde. Empecemos de nuevo. Soy Carlos, de segundo de Historia, y me gustaría saber si me podrías recomendar algún manual para «Historia Moderna Universal II».

Lejos de haberse enfadado, Carlos parecía estar divirtiéndose.

—Pues... el manual de Floristán es el mejor, está en la sección de Historia, la de la izquierda en una de las estanterías frente a la sección de Historia de Roma, pero debes buscar un poco para encontrar el tema correspondiente a los de la asignatura.

—¡Muchas gracias! La verdad es que andaba un poco perdido y eres una leyenda en mi clase.

—¿Leyenda? ¿Yo?

—Sí, no todos tienen matrículas de honor en todas las asignaturas, ¿sabes? Además tu nombre es divertido.

Aquello volvió a encender la vena antipática y antisocial que latía en mi interior. No me juzguéis, pero siempre había sido el chico con el nombre raro. Todos se llaman Juan, Pedro, José, Javier, Guillermo... y yo Miksa. Debió darse cuenta de su error porque se puso nervioso e intentó arreglarlo de inmediato.

—Me refiero a... que está guay. Nunca lo había oído, ¿de dónde es?

—Es húngaro, mi tío estuvo trabajando allí una temporada antes de que yo naciera, y como se llama Maximiliano, todos lo llamaban Miksa allí. Estaba loco porque mi padre le pusiera su nombre a alguno de sus hijos pero se negaba, así que le metió la idea en la cabeza de ponerme Miksa.

—Guau, genial.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué le estaba contando mi vida a un completo extraño? La verdad es que no sabía muy bien qué estaba pasando, pero tenía una sensación de calidez muy rara en el estómago, algo que hasta la fecha sólo me había pasado cuando llegaba a esa parte del libro en la que todo parece encajar de repente y la historia se vuelve un millón de veces más guay y apoteósica.

—Bueno, voy a buscar el libro, muchas gracias.

Me costó volver a concentrarme, pero al final lo conseguí. Carlos volvió y siguió haciendo sus cosas y yo me sorprendía a veces mirando su nuca pero sin taladrarla con odio. Así dio la hora de la comida y me dirigí a la cafetería. Fue entonces cuando me di cuenta de que era viernes, porque no había ni Dios en la facultad, así que pensé que mejor para mí y pedí lo mismo de siempre. Cuando volví, Carlos ya no estaba. Me sorprendí a mí mismo decepcionado, pero oye, al menos había recuperado mi sitio de siempre.

Pasaron las semanas y acabó la época de exámenes y con el nuevo semestre llegó la nueva rutina de enclaustrarse en la biblioteca por las tardes

para hacer apuntes. Me encantaba, porque además al principio del semestre apenas había nadie pero, sorpresa. Cuando llegué a mi sitio de siempre estaba ocupado. Una cabellera castaña asomaba por encima de una camiseta de los Rolling Stones que había sido lavada demasiadas veces.

—Puedes sentarte conmigo si quieres.

—¿Cómo?

Me había quedado mirándolo como un idiota. Llevaba el pelo más largo y ligeramente desordenado, como hecho a propósito.

—Que puedes sentarte conmigo, si te apetece, claro. ¿Cómo han ido los exámenes?

—Pues bien —me di cuenta enseguida de que debía comportarme como un ser humano normal y corriente y bajar de mi planeta de soledad autoimpuesta y traté de arreglarlo—. ¿Y a ti qué tal?

Quería morir de la vergüenza. Me sentía como un perro intentando hacer ecuaciones de segundo grado, y no estaba nada acostumbrado a sentirme así. Sin embargo a él parecía divertirse mi extrema carencia de habilidades sociales y siguió hablándome como si nada con esa estúpida sonrisa suya.

—Pues creo que bien, podría haber sido peor. Lo curioso es que siempre me prometo a mi mismo que empezaría a estudiar antes, así que aquí estoy. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Te sientas conmigo? No muerdo, a no ser que tenga hambre.

Como respuesta tomé asiento y me puse enfrente. Tengo que decir que se comportó como un caballero, no hizo lo que se esperaba que hiciera una persona como él. No comió ni bebió refrescos (cosa totalmente prohibida), ni charló. De hecho no hablamos. Estuvimos muchas horas sentados uno frente al otro, estudiando y haciendo apuntes y sólo nos interrumpíamos para mirarnos y bajar la mirada rápidamente.

Al día siguiente esperaba encontrarlo y allí estaba, así que me volví a sentar enfrente de él. Incluso con el paso de los días empezaba a saludarme cuando nos cruzábamos por los pasillos.

Todo era muy raro, porque ya no sólo estaba deseando llegar a la biblioteca para poder ser yo, rodeado de libros. Me di cuenta de que estaba deseando llegar a la biblioteca para verlo a él.

Poco a poco empezamos a hacer descansos juntos y a hablar. Al principio de trivialidades, como mascotas, familia, profesores de la carrera, pero con el tiempo empezamos a hablar de metas, aspiraciones, nosotros.

No era el típico chico que yo había decidido que debía ser. Era guapo, tenía buen cuerpo y unos ojazos de infarto, eso sí, pero también era atento. Mucho. Y eso me gustaba. Siempre me dejaba el mejor asiento en el banco para que no me diera el sol y nunca me dejaba pagar la Coca-Cola de la máquina.

Por fin, un viernes de abril se atrevió a dar el primer paso.

—¿Te gustaría venir a cenar conmigo?

La pregunta me dejó sin respiración. Estábamos riéndonos porque una chica acababa de tropezarse con la cadena de su propia bicicleta al salir del patio y de repente lo soltó. Mi cara fue de espanto total y me puse colorado como un tomate maduro.

—Si no te apetece, lo entiendo, no tienes por qué...

—Sí.

—¿Cómo?

—Sí. Me gustaría cenar, es decir, me gustaría que fuéramos a cenar juntos.

Se puso muy contento y quedamos para esa misma noche en la plaza del Mentidero. Fue el peor día de mi vida. Nunca antes había tenido una cita, era extraño. Llevábamos meses hablando y ni siquiera sabía qué hacer, qué decir, cómo comportarme. Había pasado de un bando a otro. Del cinismo y la soledad a ser como cualquier otro joven adulto asolado por sus problemas del primer mundo. ¿Debía comer mucho o se me vería ansioso? ¿Cómo debía vestirme? ¿Qué hacía si me entraban ganas de eructar en medio de la cena?... ¿Y SI ME DABA UN APRETÓN? Todo era un drama, yo era un drama.

Llegué diez minutos antes al lugar donde habíamos quedado y estaba hecho un flan. No hacía mucho frío pero yo no paraba de temblar de pies a cabeza sin parar y entonces apareció él. Llevaba

una camisa y unos vaqueros y, al llegar hasta donde yo estaba, pareció darse cuenta de lo nervioso que estaba él también, así que nos dimos la mano y nos fuimos andando despacio hacia el restaurante donde íbamos a cenar. La cena fue genial, se nos olvidaron los nervios pronto y empezamos a hablar, como si nada, y obviamente no me dejó pagar.

Fuimos a dar un paseo y perdimos la noción del tiempo hablando de trivialidades, de todo y de nada, y entonces... ¡pum! Jarrón de agua fría.

Eran las doce de la noche, había perdido el autobús. Me sentí como la persona más estúpida del universo. Estas cosas nunca me pasan a mí, siempre tengo en cuenta todo y esta vez había olvidado un detalle bastante importante. No tenía cómo volver a mi pueblo y después todos los pensamientos siguieron su curso. El coche de mi padre estaba en el taller. Mis hermanos no iban a venir a recogerme, obviamente. Estaba perdido, y lo peor, no sabía cómo iba a decírselo a Carlos.

—Miksa, te pasa algo —no era una pregunta, era una afirmación. Tras pensarlo detenidamente llegué a la conclusión de que era una tontería no contarle la verdad.

—Acabo de darme cuenta de que ya ha salido mi último bus.

Eso pareció divertirlo, como todo lo remotamente patético que me pasaba a su alrededor.

—¿Por qué te ríes?

—No lo sé, me hace gracia. Tú siempre lo tienes todo bajo control y ahora has perdido el bus, es gracioso.

—Hilarante. Desternillante. Mágico.

—Puedes quedarte en mi piso si quieres, mis compañeros no están este fin de semana, así que estoy solo.

Otra vez rojo, esta vez parecía como si toda la sangre de mi cuerpo hubiera decidido concentrarse en mi cara. Otra vez más, él se dio cuenta y se apresuró a salvar la situación.

—Puedes dormir en mi habitación, yo dormiré en el sofá.

—No, ni hablar, no quiero molestarte, esto ha sido culpa mía, no te preocupes.

—¿Y qué vas a hacer? Dar vueltas por Cádiz hasta que salga el primer autobús no me parece una buena opción.

Ahí tenía razón. No me quedaba más remedio, así que iba a dormir en casa del chico con el que acaba de tener mi primera cita. Millones de pensamientos me cruzaron la cabeza de camino a su piso, pero me interrumpía a mí mismo antes de terminar cualquiera de ellos, de modo que al final tenía en la cabeza un batiburrillo de pensamientos inconexos que me hacían ponerme cada vez más y más nervioso. Llamé a mis padres para que no se preocuparan, les expliqué lo que había pasado y que me quedaría a dormir en casa de un amigo. El disgusto y el enfado inicial parecieron esfumarse ante la idea de

que por fin tuviera un amigo, así que no pusieron mucha resistencia.

Cuando llegamos al piso, me dio un pijama, me dejó que me cambiara y nos pusimos a ver una película, que obviamente yo escogí sin que él dijera nada en contra. Ahora mismo estoy seguro de que si hubiera decidido ver la película sobre la vida de Justin Bieber tampoco me habría puesto pega alguna.

El problema vino al acabar de ver la película. Ahora tocaba hablar, y mirarnos. Si el nerviosismo se hubiera personificado en esa habitación habríamos tenido que convertirla en el palacio de Buckingham para que cupiese. Además, estaba ridículamente guapo con su pijama abotonado, como recién salido de un catálogo.

—¿Por qué yo?

La pregunta lo cogió por sorpresa. Tanto a él como a mí, a decir verdad.

—¿Que por qué tú qué?

—Eres guapo, inteligente y podrías tener a quien quisieras. ¿Por qué me invitas a cenar a mí? ¿Por qué yo? —empezó a reírse casi de inmediato.

—Vaya, gracias por la parte que me toca, pero ¿por qué no ibas a ser tú? Llevas tanto tiempo escondido entre libros que ni siquiera te das cuenta.

—No me escondo entre libros —otra vez esa ridícula manía de sentirme atacado.

—Sí, lo haces. Intentas pasar desapercibido, que no se note que estés y te escondes, pero he ha-

blado contigo, te he conocido y sé que eres mucho más que un ratón de biblioteca. Llevas tanto tiempo escondido que ni siquiera te percatas de que puede haber personas que estén esperando a que decidas empezar a existir —la respuesta me dejó sin palabras. No sabía si sentirme ofendido o halagado. Si correr o quedarme quieto—. Te he invitado a cenar, Miksa, porque me gustas. Es así de sencillo. Eres inteligente, amable y tienes una mirada de cachorrito que derretiría un iceberg.

—Lo siento, es que... no estoy acostumbrado a esto. Nunca había salido con nadie, ni había tenido una cita, ni siquiera... bueno, no sé, tú parece hacerlo mucho.

Bocaza, uno; habilidades sociales, cero. Pero curiosamente se volvió a reír con más ganas.

—Si es lo que te preocupa sí, he salido con más personas, he tenido más citas, he conocido a más gente y he tenido sexo con algunos, pero eso no quiere decir que no me gustes tú. ¿Acaso crees que sólo existe una persona para cada uno? ¿Un alma gemela?

—No te entiendo.

—Somos más de siete mil millones de personas en el mundo. Si realmente sólo existiera una persona para cada uno, ¿qué probabilidades habría de que viviera en tu misma ciudad? ¿En tu mismo país? ¿Qué probabilidades habría de que viviera si quiera en tu mismo continente? Probamos constantemente y al final nos quedamos con la perso-

na adecuada para nosotros, la persona que más nos complementa. No me gustas menos porque haya estado con otros chicos, eso sólo significa que te he buscado con más ganas.

—¿A mí?

— Sí, a ti.

Aquello ya fue demasiado. Adiós barreras, adiós soledad, adiós cinismo. Hola primer beso. Fue torpe, tenso y pringoso, y él obviamente se dio cuenta, pero no dijo nada. Se comportó como un caballero, llevó las riendas y me ayudó a pasar el trauma hasta que minutos después ya le había cogido el tranquillo.

Me dejó dormir en la cama y se fue al sofá, tal y como había prometido. Lo de dormir en la misma cama no vino hasta varias citas más tarde y nuestras conversaciones ahora molaban más. Nos llevábamos horas los dos sentados o tumbados en la cama, desnudos y hablando sobre tonterías y temas serios, sobre todo y nada.

Cuando nos cruzábamos en la facultad me rozaba la mano con delicadeza, casi como por casualidad. Ya habíamos hablado de eso y creíamos que era mejor no dar el cante. Ya sabéis, no ir cogidos de la mano como esas típicas parejas que obedecen a la imperiosa necesidad de perpetuar la especie morreándose en público, como si no hubiera mañana. Lo nuestro era mejor, era nuestro y lo demás no importaba.

Cuando acabó el curso él volvió a su pueblo, que estaba bastante más lejos que el mío y nos pasamos todo el verano hablando por Skype, Facebook y de vez en cuando nos hacíamos visitas si nuestros padres se iban de vacaciones, lo que desgraciadamente solo ocurrió dos veces. La sorpresa vino tres semanas antes de empezar el curso, ya que mis padres decidieron comprar una casita al lado de la de mis tíos para poder estar más cerca y, como era mi último año de universidad y me tendría que levantar más temprano, me permitieron alquilar un piso para que estuviera más cómodo.

Así el curso volvió a empezar y volvimos a nuestro rincón de la biblioteca, pero con una mejora. Vivíamos juntos. Algunos dirían que era arriesgado, que sólo llevábamos unos meses saliendo y era muy pronto, pero esas personas no nos conocían.

El drama vino cuando hubo que elegir cuál de las dos habitaciones sería la nuestra y cuál sería la tapadera, para cuando vinieran familiares a pasar el día o visitar, ya que había dos que eran más o menos del mismo tamaño.

—¿Cuál es la que más te gusta? —como siempre su caballerosidad entraba en juego.

—La verdad es que me da igual.

—¿Seguro? Piénsalo bien. No se trata de una habitación. Un lugar donde dormir. Se trata de un lugar donde a nadie le importe nada.

—¿A qué te refieres?

—A nuestro lugar. El lugar donde a nadie le importe nada. El lugar donde a nadie le importe si nos besamos, el lugar donde a nadie le moleste si te cojo de la mano, el lugar donde sólo importemos tú y yo.

—Vaya, no lo había pensado de esa forma.

—¿Cuál era tu lugar donde a nadie le importe nada antes de conocerme?

—La biblioteca. Mi asiento de siempre.

—¿Y ahora ha cambiado?

—Sí y no —lo pensé con detenimiento y la respuesta salió sola, como si hubiera estado ahí siempre—. Ahora mi lugar donde a nadie le importe nada es aquel donde estés tú, donde estemos nosotros, porque a nadie más debería importarle, salvo a nosotros.

—Entonces nos quedaremos con la del fondo del pasillo, tiene dos ventanas.

Y esa sigue siendo nuestra habitación. Compramos el piso cuando entramos a trabajar. No era el mejor piso de todos, y podríamos habernos comprado una casa u otro más grande, pero era nuestro lugar.

Ahora Carlos trabaja dando clases en un instituto y sus niños lo adoran, y yo me quedé trabajando en la universidad y os puedo asegurar que no lo habría elegido de otra forma porque, cada día, antes de volver a casa, me gusta pasarme por ese rincón de la biblioteca y recordar ese primer cruce de miradas, esa primera conversación y revivir el momen-

to en que me di cuenta de que la universidad no es ese lugar al que vas a estudiar para sacarte un título y colgarlo en la pared. La universidad es ese lugar al que vas y te cambia la vida.

Yo estaba equivocado, creía que sólo había que estudiar, pero ese día de enero la biblioteca me enseñó algo que no se encuentra en los libros y siempre se lo digo a nuestros hijos cada vez que tengo la oportunidad.

Ellos tienen terminantemente prohibido volver a casa justo después de terminar las clases, y les está permitido perder horas y horas entre montañas de libros con la condición de que, si después de terminar el día han entablado una agradable conversación con algún desconocido en su biblioteca favorita, ese día habrá merecido la pena.

Total, nunca sabes con quién vas a encontrar ese lugar en el que a nadie le importe nada y, sobre todo, nunca sabes donde lo vas a encontrar. ¿Por qué no en una biblioteca?

Virus UCA

Pedro Delgado Pérez

23 DE SEPTIEMBRE DE 2016

Sede de Cooperantes de Ayuda Universal
(CAU) en Windhoek (Namibia)

—Joaquín, ¡ven lo antes posible! No... no puedo describir...

—Tranquilízate, Laura. No hagáis nada. Voy para allá —trató de expresar con serenidad Joaquín a pesar de una incipiente intranquilidad que le circundaba.

Joaquín, responsable de CAU en la capital de Namibia, colgó el teléfono y, propulsado por la adrenalina, recogió las llaves del coche y salió por la puerta en un abrir y cerrar de ojos. Más allá de la difusa explicación, había algo en la voz de Laura que le impedía concentrarse en la carretera, y

se sorprendió a sí mismo respirando entrecortadamente. Sabía que de ningún modo sería culpa suya si no conseguían atajar aquel brote de ébola, pero como adalid de CAU en Windhoek para el control de la epidemia no podía dejar de sentir una opresión en el pecho.

Nada más llegar al lugar, Laura se abalanzó sobre él con los ojos desencajados. Pero, con un gesto cortante, Joaquín evitó que la enfermera dijera ni una sola palabra más que viniese a incrementar su nerviosismo.

—Sólo guíame hasta el lugar —dijo aparentando templanza.

Laura se contuvo y ejecutó lo que su superior le había ordenado, tragándose el discurso que había estado rumiando. El hombre fue escoltado a través de varios pasillos del hospital y conducido posteriormente por el área más restringida que tenían reservada. La enfermera se detuvo frente a una puerta blanca en la que había un pequeño ventanuco cuadrado y Joaquín hizo lo propio. Con un movimiento de ojos, Laura le trasladó lo que debía hacer. El hombre entonces se acercó decidido hacia la puerta sin poder esperar más. Un hombre de mediana edad vagaba por la habitación a paso lento, con los ojos inyectados en sangre y una expresión en su rostro que heló la sangre de Joaquín.

—No, Joaquín... Esto no es ébola, ni marburgo... ¡ni nada que se le parezca! Por el amor de Dios, ¡ese hombre ha intentado mordermel!

26 DE SEPTIEMBRE DE 2016



Fábrica «Impresiones El Sardinero», Santander

Aquel estaba siendo un duro día para Adela. Volvía a su verdadero oficio después de la excedencia en Windhoek como voluntaria de CAU para acompañar a Víctor, su marido. Como enfermero implicado con la sociedad, también había dejado por dos meses la tranquilidad de su hospital para ayudar en lo posible a sacar la enfermedad de las calles de la capital namibia.

Aquel día era duro, sí, pero lo agravaba aquel malestar que Adela achacaba a las pocas ganas de retornar a su trabajo. Y sí, también porque en sus oídos aún resonaba la conversación que había captado a hurtadillas entre Laura y Víctor justo el día que partían de vuelta hacia Santander. Aunque sabía que yendo al foco de la enfermedad existían innegables posibilidades de contagio, pensar que esa enfermedad fuese algo totalmente ignoto resultaba incluso más aterrador.

Para alejar esos horribles pensamientos, decidió centrarse en la tarea que tenía asignada: «Un encargo de siete libros desde la Universidad de Cádiz». Un libro del que no disponían de unidades en almacén y había pues que reimprimir. Así que, sin más dilación, se puso manos a la obra para retomarle el pulso a la vida cuanto antes. Tras imprimir las páginas y pasar a la fase de pegado del lomo, le asaltó de forma repentina un ataque de tos muy profunda que la

desconcertó. Comprobó, para su sosiego, que nada le había ocurrido a las páginas que estaba manipulando. Seguidamente, enrolló buena parte del guante de su mano derecha y tocó su frente con el dorso de la misma, cerciorándose de que tenía unas décimas de fiebre, tal como sospechaba desde que salió de casa. Definitivamente no se encontraba bien, pero no era una opción marcharse antes de tiempo en su primer día de vuelta al trabajo.

29 DE SEPTIEMBRE DE 2016 
Escuela Superior de Ingeniería (ESI), aula-C06,
Puerto Real

Martín entró en el aula en la que impartiría «Sistemas Distribuidos» desde entonces y durante cuatro intensos meses. Aquel era el día de la presentación de esa asignatura, de la que llevaba un par de cursos encargándose de sus prácticas. Sin embargo, tras haber obtenido su ansiada plaza de contratado doctor, aquel año sería el coordinador principal.

En las semanas previas de preparación del temario había constatado que el libro que se recomendaba desde hacía tres años no era tan provechoso como esperaba. Martín podía recordar a la perfección el libro con el que él mismo había sido instruido como alumno: *Sistemas distribuidos: conceptos y diseño*. Un volumen del 2001 pero que, a pesar del ritmo al que avanzaba la informática, seguía abarcando la base conceptual que todo alumno debía aspirar a asimilar. Recordó con afecto y cla-

rividencia cómo su profesor Severiano Arias, de los más reputados y queridos profesores de la universidad, se sabía aquel libro casi al dedillo. A pesar de contar con una edad avanzada por aquel entonces, Severiano se propuso como voluntario para impartir aquella asignatura optativa cuando entró en los planes de estudio, y se había encargado de ella hasta casi cuatro años atrás, cuando se había jubilado.

Tras hacer las correspondientes presentaciones de distribución de créditos, profesores, criterios de evaluación y competencias generales, específicas y transversales, era el turno de la bibliografía recomendada.

—Bien, las definiciones más importantes en el campo que atañe a esta asignatura están realmente bien explicadas en el primero de los libros. Sólo había un ejemplar en biblioteca, así que he realizado un encargo de siete más para aumentar la disponibilidad. Los nuevos ejemplares podréis encontrarlos a partir de mañana.

Martín se esforzaba por acaparar la atención de aquella veintena de despistados alumnos de primero, que no cesaban de mirar sus móviles o esconderse tras sus portátiles.

—Y ya que hablo de la bibliografía —hizo una pausa para tratar de dar mayor relieve a lo que venía a continuación—, comentaros que tendremos el primer parcial en tres semanas. Y es muy importante que toméis como referencia los dos primeros temas de ese libro, ¿de acuerdo?

Esta vez sí atrajo el interés de algunos de los que no habían escuchado una sola palabra hasta entonces. No obstante, nadie correspondió a su pregunta con alguna palabra audible, sino con murmullos que escondían quejas entre dientes.

Ya veremos si realmente se han enterado de lo que he dicho... —se dijo para sí Martín, que ya comenzaba a acumular experiencia en esas lides.

20 DE OCTUBRE DE 2016 
ESI, planta baja, pasillo ala D

—¡Tío, mira esto!! —gritó Fele rompiendo el silencio que reinaba en el pasillo.

Los alumnos que ya esperaban con impaciencia la llegada de su profesor para realizar el examen se sobresaltaron. En especial Aura, una chica cuya extrema timidez e introspección eran delatadas por su vulnerable imagen, y que por regla general se mantenía siempre alejada de sus compañeros.

Darío miró a su mejor amigo con sorpresa, pues no era persona que soliese reclamar atención. Así que se sentó en el suelo, a pesar del maldito resfriado e indisposición que le habían sobrevenido de la noche a la mañana, y observó la pantalla del móvil que su amigo manejaba para poner un vídeo desde el principio. Fele se quitó el auricular de su oído derecho y lo encajó torpemente en la oreja izquierda de Darío.

En pantalla aparecía un hombre uniformado con bata blanca, en quien resaltaban unas violáceas ojeras en las cuencas de sus ojos que denotaban un

abatimiento extremo. Bajo su rostro apareció un cartel sobreimpreso:

Joaquín Robles
Responsable de CAU en Windhoek

Ambos amigos escucharon lo que Joaquín declaraba mirándose mutuamente a los ojos, sin parpadear, totalmente inmóviles para no perder detalle.

—¡No jodas! —expresó sin pudor Darío—. ¿Esto será broma, verdad?

Fele negó lentamente con la cabeza con gesto anonadado.

—Corre, ¡ponlo de nuevo! —solicitó Darío.

Su amigo actuó como un resorte, desplazando su dedo por la pantalla táctil para rebobinar el vídeo justo al comienzo de la entrevista.

—Pensamos que se trataba de un caso aislado. Después de quince días tras aparecer los primeros síntomas en el paciente cero, no había indicios de nuevos infectados. Por eso no se informó del suceso; no queríamos generar una alarma a nivel mundial sin precedentes. Al decimoséptimo día surgió un nuevo caso... y al siguiente otro más, hasta hoy, que tenemos constancia de... —hizo una pausa como calibrando la magnitud de lo que estaba a punto de decir— 78 enfermos registrados.

—¿Pero se sabe ya qué tipo de virus es?

—Al inicio los síntomas son los mismos que los del ébola. Según los análisis preliminares que hemos realizado, su período de incubación también puede prolongarse hasta los veintiún días...

—Tío, ¡tres semanas! Hay personas que ya llevaban eso dentro cuando comenzó el curso —interrumpió Darío, seguido de un molesto carraspeo que les impidió escuchar la parte central de la respuesta.

—... ahí es cuando se produce el espantoso cambio...

Los dos amigos pudieron ver entonces cómo el hombre se echaba una mano temblorosa a la boca y se desmoronaba en cuestión de segundos. En ese momento, se cortaba la conexión y aparecía un vídeo de poca duración que revelaba a dos de los infectados por el desconocido virus. Darío y Fele no podían creer lo que captaban sus retinas. Era como ver un capítulo de una de las series americanas que tanto les deleitaban. Uno de los infectados andaba con pasos tambaleantes, acercándose lenta pero intimidatoriamente hacia la cámara. El mejor de los actores que interpretase a Freddy Krueger hubiese envidiado la espeluznante expresión de su semblante, mostrando la dentadura al completo y con los ojos casi salidos de sus órbitas. De vez en cuando castañeteaba los dientes, como tratando de morder o agarrar algo entre los mismos. El color de su piel era sencillamente antihumano.

Seguidamente, se devolvía la señal al plató de noticias.

Esas son las imágenes que están aterrorizando a medio mundo, por no decir al mundo entero. Seguiremos informándoles de esta emergencia sanitaria en pleno

corazón de Namibia, en lo que se conoce como la enfermedad del kalahari.

—¿Sabes lo que significa esto? Ayer un primer caso de contagio en Santander, y hoy esto. Eso evidencia que la tal Adela podría haber portado ese virus medio zombi a España —Fele escuchaba a Darío conturbado, pues nunca le había visto pronunciarse con tanta seriedad, así que no se atrevió a interrumpir tal momento—. ¿Te imaginas los pasillos de esta facultad llena de alumnos vagando como en el vídeo? ¡Mooooola!

—Ya decía yo que no podía durar mucho esa pose... —se lamentó Fele con una media sonrisa olvidando momentáneamente su azoramiento.

Justo entonces, Martín llegó cargado de folios y dio acceso al aula.

—Bueno, salgo en un rato... ¡y después fiesta! —musitó Darío haciendo un contoneo con el cuerpo que le provocó un ataque de tos furibunda que a él mismo le cogió desprevenido.

Fele no estudiaba lo mismo que Darío; tan solo lo acompañaba aprovechando que no tenía clases para después ir directamente a una fiesta universitaria en Cádiz. Esperaba que la destemplanza de Darío no fuese a peor y le aguase la fiesta, ya que estaría repleta de chicas de Enfermería. Mientras tanto, permanecía en el suelo trasteando con su móvil y, al actualizar la página de noticias, algo llamó poderosamente su atención:

—Vaya, ¡una última hora!

Según las últimas noticias que llegan del hospital universitario de Marqués de Valdecilla, Adela Hernández, ingresada desde ayer por presunta contracción del ébola, podría estar contagiada del virus del kalahari. El Servicio Cántabro de Salud habría activado el máximo nivel de alerta sanitario. El hospital está siendo desalojado al completo.

El miedo invadió hasta el último de los micro-capilares de Fele. A su mente retornó la imagen de la ESI invadida por zombis, y no pudo evitar reproducir el vídeo de los infectados nuevamente. Con cada visualización se engrosaba la cicatriz en su ya de por sí alma aprensiva. Lo vio una y otra vez, sin poder despegar los ojos de su preciado Smartphone. Saliendo por fin del ensimismamiento, lo perturbó el tiempo que había pasado desde que el parcial había comenzado. Había sido el mismo Darío quien le había confesado no haber estudiado nada en absoluto y que seguro saldría por donde había entrado nada más leyese las preguntas. Ya llevaba 35 minutos dentro.

La única conexión entre el aula y el pasillo era un estrecho ojo de buey en la puerta. Un poco impaciente, se levantó y fue a mirar por el pequeño cristal de reajo. Justo cuando iba a enfocar el interior, una mano abierta golpeó el cristal, lanzando a Fele hacia atrás como si hubiese recibido el impacto. Entonces pudo divisar a Darío pegando su rostro en la zona que quedaba libre del cristal, con la misma expresión terrorífica que había visto en los infectados. El corazón de Fele se encogió, y

se comprimió del todo cuando la puerta se abrió. Darío salió del aula con un movimiento rápido y puso dirección hacia él.

Pero Darío ya no infundía terror, sino que se reía a carcajadas de su amigo.

—¡Vete a la...! —expresó Fele tratando de reponerse del engaño.

—¡Tío perdóname, en serio! —pidió Darío aún sin parar de reír. Y perdóname también por haber tardado. No sé, la gente ahí dentro no paraba de tosecitas. Pensé que podía ser un código para pasarse chuletas, ¡pero nada!

—Desde luego, ¡tú nunca cambiarás! —opinó Fele en tono jocoso, aunque interiormente albergaba el inconfesable presentimiento de que su amigo no prosperaría en la carrera. Parecía que fuesen más importante para él las fiestas universitarias que las propias clases.

—No, yo soy así. De modo que ahora... ¡fiesta! —voceó en medio del pasillo para refrendar las suspicacias de su amigo.

20 DE OCTUBRE DE 2016 
ESI, planta baja, pasillo central

De camino a su despacho portando los exámenes, Martín discurría sobre aquella chica que había entregado sus respuestas en último lugar, Aura. En clase apenas podía ver sus ojos, tapados por el flequillo que actuaba a modo de cortinas sobre los mismos. Pero desde el primer día había algo en ella que la

diferenciaba del resto de sus compañeros, más allá de su timidez y la consecuente desconexión de los de su misma promoción. A juzgar por Martín, en ella parecían mezclarse diversidad de sensaciones contrapuestas; un rostro contrito del quiero y no puedo, una catarsis que la llevaba a un viaje iniciático sin rumbo conocido. Mas en ese instante mientras él grapaba los folios con las respuestas de Aura, había visto por fin con claridad sus ojos, y Martín juraba haber apreciado un destello de logro en ellos.

Divagando sobre qué atravesaría por la mente de aquella muchacha andaba el profesor, cuando de repente sintió formar parte de una película de cine de acción: unos hombres vestidos como astronautas entraban y salían con nerviosismo de la biblioteca de la ESI mientras una muchedumbre de alumnos se apiñaba observando el espectáculo. A su cabeza vino el vídeo que su compañero Tomás le había mostrado minutos antes del examen, y entonces exclamó:

—Esos trajes son... ¡son como los de los cooperantes en Namibia!

Por su mente transitó rápidamente una ristra encadenada de pensamientos, entre ellos la noticia que acababa de ver en el móvil sobre la posible contracción de Adela del virus del kalahari. Y su curiosidad innata lo impulsó a dar unos pasos hacia el frente.

—Lo siento, no puede avanzar. Vuelva donde estaba —pronunció con firmeza uno de los hombres de blanco impoluto.

Pero Martín no escuchó palabra alguna. Todos sus sentidos los concentraba en la urna transparente que estaban sacando de la biblioteca, que manejaban como si de una bomba nuclear se tratase.

—¿Es que no me escucha? —preguntó inquieto el hombre que le cortaba el paso.

—Esos libros que lleva su compañero en la caja... aquella tapa fucsia, ¿sabe?, es inconfundible —manifestó Martín con un tono de resignación en su voz, claudicando ante una realidad que ya no estaba en su mano cambiar.

Martín bajó lentamente la mirada hacia los exámenes que ya le quemaban entre sus manos. En su mente retumbaron las palabras que había comunicado a sus alumnos en los días previos: «En biblioteca está el libro *Sistemas distribuidos: conceptos y diseño*, que deberían utilizar como referencia para el parcial». Y después se transportó al aula durante el transcurso del examen mientras su cabeza aislaba las toses casi ininterrumpidas, y se vio a sí mismo grapando cada examen que le habían entregado...

—Traigan otra de esas urnas... Y llévenme inmediatamente con ustedes.

14 DE NOVIEMBRE DE 2016

Centro Nacional de Microbiología de Majadahonda

Martín se encontraba en una habitación cuadrada pulcramente pintada de blanco albo, sentado frente a una mesa con una actitud impaciente. Estar en aquel centro, a pesar de ser uno de los puntos

del planeta con más medidas de seguridad, no le daba precisamente «buen rollo». Minutos después, una trabajadora del centro accedió a la sala:

—Aquí tiene el paquete solicitado. Ya sabe, aunque han sido calificados como carentes de capacidad infectiva, no podemos permitir que sean sacados del edificio. Tendrá que revisarlos en esta sala, es el protocolo. Avise cuando termine.

El profesor abrió la solapa y sacó, como si estuviese maniobrando con frágil cristal, los exámenes del parcial realizado casi un mes atrás. Lo cierto es que no sabía ni para qué quería corregirlos; sus alumnos fueron interrogados en torno a si habían tenido contacto con los libros recién adquiridos por la biblioteca a petición de Martín y todos respondieron con un sucinto «No». La base de datos de préstamos confirmó que ningún libro había abandonado la biblioteca. Sólo un alumno había afirmado ojear el ejemplar que ya se encontraba en biblioteca el mismo día de la presentación. Aun así, nadie quedó absolutamente tranquilo hasta transcurrido el periodo de incubación del virus: veintiún angustiosos días, pues los análisis confirmaron que uno de aquellos libros albergaba el virus entre sus páginas.

—¡Suspense, suspense y suspense! Malditos vagos... —profirió Martín, comentario que reverberó en aquella amplia sala carente de mobiliario.

Pero después no pudo evitar sonreír al pensar en lo paradójico que resultaba esa circunstancia: aquella vez y solo aquella vez, no haber estudiado

les había librado de algo mucho peor que un suspenso. Ese contradictorio pensamiento fue barrido de su mente al leer una de las respuestas del último examen que le restaba por corregir.

—¡NO - ES - POSIBLE!

16 DE NOVIEMBRE DE 2016

ESI, despacho de Martín



—Por favor Aura, toma asiento.

La chica obedeció, ávida por conocer el motivo de la citación. Martín viró sobre su silla giratoria y alcanzó ágilmente un libro de su estantería. Seguidamente, lo dispuso sobre su escritorio y lo abrió por una página que tenía marcada.

—¿Serías tan amable de leerme esta definición?

Aura, con gesto sorprendido, acató sumisa.

—Es suficiente —articuló Martín antes de plantar su móvil sobre el libro—. Y ahora, ¿podrías leerme lo que pone en esta foto de tu examen?

La chica abarcó de un simple vistazo su respuesta y, comprendiendo lo que ocurría, esta vez no accedió, sino que escondió el rostro tras su melena al ladear la cabeza.

—Aura, habré leído esta definición cien veces. ¡Y aun así no sabría plasmarla con las mismas palabras tal como tú lo has hecho! ¡Maldita sea!

Bajo los finos cabellos de la alumna Martín pudo divisar el rubor creciente, que tornó a rojo intenso cuando el profesor añadió:

—¡Has puesto en peligro a los de tu entorno!
¿Por qué has mentido?

—¡Yo no he mentido!! —alegó Aura en un arrebato.

Dicho esto, se levantó y marchó a la carrera cual gacela asustada. A pesar de la bochornosa escena, Martín intuyó que era sincera. ¿De dónde demonios ha podido sacar otro libro para estudiar? —se preguntó. Y una sospecha cruzó su mente que, al fijar la vista en la ficha de la muchacha, se transformó en una realidad que lo dejó pasmado. Entonces descolgó el teléfono.

17 DE NOVIEMBRE DE 2016 
Parque Genovés, Cádiz

Apoyado en la baranda, viendo el agua caer en forma de cascada hacia el estanque de los patos, Martín no se percató de la llegada de su antiguo profesor Severiano Arias.

—Me sorprendió mucho su llamada, Martín. Pero ayer por la tarde mi nieta Aura me contó lo ocurrido. Yo le presté el libro de mi biblioteca personal, ajado como está del uso que le di.

—Lo imaginaba, su apellido me dio la clave. Pero no es ese el motivo por el que le he convocado. La gran pregunta es: ¿por qué Aura no explicó esto a nadie?

—Ella simplemente anhela demostrar que puede lograr este reto por sí misma, no quiere que nadie sepa quién es su abuelo. ¿Lo entiende ahora?

Verá, hace unos meses no sabía qué quería hacer con su vida. Y entonces le conté algo que no había confesado a nadie jamás: cuando yo entré en la carrera ¡no sabía ni lo que era un computador!, ¡y se daba por hecho! Imagínese el desafío que se me planteaba en el horizonte. Aunque tenía la mano perdedora, procuré no abandonar. Así que luché y, un buen día, entendí que ya no se trataba de defraudar a mis padres, sino de no decepcionarme a mí mismo. ¿Sabe? Fue la primera vez que pensé: ¿será esto a lo que llaman «madurar»?

El hombre hizo una pausa, y Martín divisó en su mirada un asomo de orgullo.

—Y pasados dos años, al echar la vista atrás, comprobé que había sido capaz de superar obstáculos que jamás concebí rebasar. Me descubrí a mí mismo. ¡Y desde entonces sólo ambiciono afrontar nuevos retos! ¿Por qué cree que me hice cargo de «Sistemas Distribuidos» cuando ya se atisbaba mi jubilación?

Martín escuchaba maravillado a su exprofesor.

—Y Aura es una gran chica, pero no se tiene en alta autoestima. ¡Por eso la animé a que estudiase una carrera! Necesita demostrarse que puede y encontrar así su camino en la vida.

4 DE ENERO DE 2016 
Casa del escritor de este relato

—A ver... no encuentro la opción... ¡ahí está! «Contar palabras». ¡Uf! —expresó con alivio—.

3.684 palabras. ¡Menos mal! Espacio justo, 816 palabras, para ofrecer al lector la parte más importante, sin la cual esta historia casi carece de sentido ¡Allá va!

Queridos lectores:

Por fin aquí puedo brindarles el colofón, la clave que encaja las piezas del relato. Sí, es probable que un grupo numeroso de ustedes esté preguntándose: ¿Qué demonios tendrá que ver un contagio de un virus en Namibia con la vida de una estudiante de Informática en la UCA? Es más, puede que también pertenezcan a ese grupo que está pensando que vaya flaco favor le hago a la biblioteca de la universidad insinuando que sus libros no paran de acumular polvo. Y aún me atrevo a contemplar un tercer grupo que estará decepcionado al comprobar que el esperado contagio finalmente no llegó a nuestras facultades.

Pero, por favor, para los que no estéis muy entusiasmados con lo que acabáis de leer, os pido me concedáis unos minutos más. Tengo la esperanza, espero que no infundada, de poder voltear vuestra percepción y dejar en cierta medida satisfechos a los tres grupos de lectores descritos.

Confío que no sean tan aprensivos como Fele para temer por el virus del kalahari, pues es pura ficción. En cualquier caso, para su tranquilidad, les aclararé que milagrosamente el virus desapareció como de la noche a la mañana; no hubo nuevos casos y todo infectado se curó. Así lo contemplé yo desde que en mi cerebro se originó la chispa de esta historia, pues a diferencia de Darío, me gusta la ESI tal como está; ¡no me gustaría esquivar intentos de mordiscos de los alumnos a cada paso! Pero como yo soy yo, y algunos de ustedes puede que se identifiquen con

Darío, les animo a que construyan en su mente un final alternativo que satisfaga sus expectativas.

No obstante, lo que aún desconocen es que ¡sí que hubo un brote en la ESI al mismo tiempo que el que se produjo en Namibia y en Santander con Adela! Y ese brote del que hablo fue muy contagioso, realmente contagioso. Pero no teman por él, no necesitamos que Joaquín Robles venga a Cádiz a tratar de erradicarlo. De hecho, a usted, alumno de nuevo ingreso, le deseo que tenga la oportunidad de infectarse. ¡Qué suerte tendría! Y créame, no existe vacuna para esta enfermedad. Y lo digo por experiencia: yo mismo recibí una buena mordedura.

¡Está bien, no me demoraré más! El brote del que hablo se engendró en el lugar y momento que Severiano le confesó a su nieta cómo habían sido sus inicios y le transmitió un afán de superación cual virus que se propaga por las venas, que caló hasta el último poro de Aura. Es cierto que Severiano y Aura son abuelo y nieta, pero bien podríamos estar hablando de un profesor y su alumna, solo unos años separan de ser cierta esta ucronía.

Martín fue el primero a quien la chica inoculó tras aquella reveladora entrevista con Severiano. Solo entonces Martín se percató de que tenía que ir un paso más allá en sus clases, pues en sus manos estaba la vida de cientos de alumnos que venían a la universidad no meramente a formarse en un ámbito académico, sino a averiguarse como personas, a forjar una identidad.

Pero el virus no quedó ahí, ya hemos anunciado que fue muy infeccioso. Darío, tras ver las notas de los primeros parciales, no podía comprender cómo aquella chica apocada, que se mostraba torpe y parecía no enterarse de nada, podía sacar tan buenas notas. Incluso la advertía distinta del comienzo, como más confiada y alegre. «Si ella es capaz

de conseguirlo, ¡por supuesto que yo también!», discursó para sí. Pero aquello de estar estudiando solo... no iba con él. Así que, decidido en su empeño, animó fervientemente a un grupo de compañeros a estudiar en la biblioteca el siguiente parcial para tratar de libar entre todos el conocimiento que les ofrecía aquel libro de tapa fucsia.

Martín no podía dar crédito ante el porcentaje de aprobados en febrero.

Tras el último examen de la convocatoria ese mes, y mientras los estudiantes esclarecían los pormenores de las preguntas del mismo al finalizar, sin saber muy bien por qué, Darío comentó:

—Bueno, pues el trabajo ya está hecho. Y la labor bien hecha hay que celebrarla, ¿no crees Aura? ¿Te apuntas a la fiesta de esta noche?

Deseo así haber complacido a los tres grupos: espero que ahora comprendan la analogía de este virus, el cual condicionó a que los alumnos se sirviesen de los libros de su biblioteca para medrar en su campo. Y sí que hubo una epidemia aquí en Cádiz a diferencia de lo que creían, pero si aun así la patogenia de este brote no les impresionó y esperaban algo más. ¿Por qué no se animan? Quizás el próximo relato te corresponda escribirlo a ti.





Geelah

Sergio Díaz Valenzuela

A mi compañera de viaje
y a todas aquellas mujeres como ella
que luchan por sobrevivir.

Suena el despertador. Con los ojos medio cerrados apenas alcanzo a mirar la hora. Las ocho y media de la mañana. No puede ser, otra vez me había quedado dormida. Rápidamente me levanté de la cama. Me puse a vestirme al mismo tiempo que, desde mi habitación, llamaba a mi compañera de piso para que se despertara. Olía a café por el pasillo. Salí del cuarto con mi termo en la mano, sabía que hoy tampoco me daría tiempo a tomármelo tranquilamente en la cocina. Las nueve menos cuarto, sólo me quedaba peinarme y maquillarme.

Un gran reto contrarreloj. Otro más, y no sé cuántos van ya esta semana. Las nueve menos dos minutos y ya estoy lista. Cogí mi chaqueta de cuero, mi termo de café con leche, bueno realmente de leche con café, y salí a toda prisa para la facultad. Justo al entrar por la puerta del campus vi a lo lejos a la profesora dirigiéndose al aula. Aceleré para encontrarme con ella y disimular que llegaba tarde con una charla sobre algunas dudas de la clase anterior.

—¡Buenos días! —le dije mientras intentaba que no se me notara que venía corriendo.

—¡Hombre... buenos días, Patricia! ¿A lo justo no? —me respondió riéndose de mí.

—Profesora, es que las mañanas y yo no nos llevamos muy bien... —le tuve que reconocer—. Por cierto, ayer estuve volviendo a leer los apuntes que cogí en clase y me parece que necesito pedirle una tutoría porque no entendí bien lo de la subjetividad jurídica de la Unión Europea.

—Vale, me mandas luego un correo por el Campus Virtual y cerramos fecha.

Tras esta breve conversación, pero que me valió para camuflar mi, creo que heredada, habilidad de llegar tarde, entramos en clase.

Después de dos horas de «Derecho Internacional» y otras dos horas más de «Derecho Procesal» mi mente necesitaba un descanso, así que llamé a mis amigos para tomarnos una cerveza antes de comer. Como me imaginaba ya estaban allí. No se pierden una estos... Pero antes de ir tenía que pasar

por la biblioteca. Llevaba mi manual en la mano y ya veía las maquinatas para devolver los libros. La verdad es que siempre me han parecido unos armatostes enormes nada más que para leer un código de barras. Pero en fin, ya estaba delante de una de ellas cuando de repente un chico me tocó el hombro:

—Perdona, se te ha caído esto —me dijo mientras me daba un papel doblado.

Instintivamente pensé en responderle que eso no era mío, pero creí que era la típica forma de darme su número de teléfono y como el chiquillo era mono me limité a sonreírle y darle las gracias. Lo metí en el bolsillo y me dispuse a devolver el libro. A continuación salí de la biblioteca y fui a encontrarme con mis amigos.

Íbamos ya por la segunda cerveza cuando buscando mi móvil entre los bolsillos de mi pantalón recordé que tenía aún sin abrir el papel que me dio aquel chico. Lo saqué y lo leí: «Gracias por todo. Geelah». Ese mensaje no era el que me esperaba encontrar. Estaba un poco desconcertada, no sabía qué significaba «Geelah», ni por qué ese chico había escrito eso para mí. ¿Será verdad que se me había caído? ¿Del libro que devolví quizás? Decidí volver a guardarlo y seguir charlando con mis amigos. Resolvería el misterio luego.

Llegué a casa después de comer. Me lo había pasado genial pero no conseguía quitarme de la cabeza aquel mensaje: «Gracias por todo. Geelah». Pero no era el momento de ponerse a investigar,

tenía que ducharme y vestirme para ir a la asamblea de Marea Violeta. Hoy íbamos a decidir cómo darle una visión feminista a las movilizaciones de la huelga general del próximo mes.

Eran ya cerca de las diez de la noche cuando acabamos la reunión. Estaba muy satisfecha con el trabajo de empoderamiento que habíamos logrado hacer entre las mujeres. Cada día éramos más, y además cada vez más concienciadas y con más ideas e iniciativas para luchar por la igualdad. Seguro que en la manifestación íbamos a ser capaces de teñir de violeta la lucha por los derechos laborales de la gente. Victoria me acercó en coche hasta mi casa. No tenía muchas ganas de hacerme de cenar, así que me comí un sándwich y me fui a la cama. Había sido un día larguísimo y ajetreado, estaba deseando descansar.

Cuando me disponía a ponerme el pijama un papel se cayó del bolsillo de mi chaqueta, era el misterioso mensaje. Tras recogerlo y guardarlo en la mesilla de noche me propuse ir mañana a primera hora a buscar aquel libro que había sacado de la biblioteca para averiguar si provenía de ahí.

Como cada mañana sonó el despertador. Esta vez no lo prorrogué eternamente, me levanté a la primera. Aquella intrigante nota me había tenido en vela casi toda la noche, estaba deseando averiguar de quién era. Creo que nunca había tardado tan poco tiempo en vestirme y prepararme para salir. Llegué a la universidad justo cuando abría la

biblioteca. Miré el tique que me había dado la maquina tras devolver el libro para saber qué número de ejemplar era. Fui a buscarlo a la primera planta. Ahí estaba, el último ejemplar que quedaba.

Comencé a ojearlo por si había algo que me ayudara a descubrir quién lo había dejado ahí. Ni rastro de ningún indicio que relacionara aquel libro con la nota. De repente noté un tacto raro en una de las páginas. Estaban pegadas por las esquinas, al separarlas cayó al suelo un papel doblado. Me agaché a recogerlo y lo abrí. La letra era diminuta, apenas era legible. Mi cara era una mezcla de estupefacción e intriga. Me senté en una de las mesas y empecé a intentar descifrar lo que ponía.

La primera frase decía «Querida Geelah». Entonces Geelah era el nombre de alguien, pensé. Automáticamente cogí el móvil y busqué el nombre en internet para asegurarme. Efectivamente, Geelah es un nombre árabe que significa «alegría». Seguí averiguando qué decía aquella nota.

Estaba nervioso. Notaba cómo se me iba a salir el corazón si no llegaba ya. De repente entre tanta gente logré ver tu larga trenza, tu piel negra como el café tostado y tus grandes ojos verdes de guerrera. Nuestras miradas se encontraron y salimos corriendo a fundirnos en un abrazo, sin importarnos nuestras maletas o la gente de alrededor. Duró varios segundos pero me parecía demasiado poco después de tanto tiempo sin verte. Te había echado tanto de menos que no quería dejar de abrazarte nunca.

Qué bonito lo que estaba leyendo, parecía una historia de amor. Fantaseé sobre la típica historia de dos enamorados que se reencuentran después de mucho tiempo separados. Con una sonrisa, como si el relato fuera para mí, continué leyendo.

Por fin juntos otra vez. Se te notaba en la cara que eras otra persona distinta después de lo que te pasó. Aquella chica alegre, extrovertida, curiosa y con ganas de aprender sobre todo lo que encontrase a su alrededor había desaparecido para dejar paso a una persona asustadiza, introvertida y con una tristeza que escondía en el fondo de su mirada. Aquella experiencia en el Centro de Internamiento para Extranjeros te cambió la vida. No querías hablar sobre lo que habías vivido durante el tiempo que estuviste encerrada en aquel lugar, pero el miedo en tus ojos reflejaba que habría sido algo horrible.

Mis ojos se abrieron como platos. Había leído sobre los CIES, había leído testimonios de inmigrantes en los que se calificaban a aquellos lugares como verdaderos espacios de inhumanidad. De repente, lo que había empezado como una carta de reencuentro amoroso parecía que se convertía en una historia con tintes dramáticos. Quería seguir leyendo pero tenía que entrar en clase ya. Guardé el papel en mi bolso, coloqué el libro en su sitio y salí de la biblioteca.

Durante toda la mañana no pude pensar en otra cosa, estaba deseando poder seguir leyendo aquella historia. No conseguí concentrarme en nin-

guna de mis clases. Las dos menos dieciocho minutos, el reloj parecía que alguien los estaba frenando para que no corriese. Las dos menos trece. Por favor que alguien calle a este profesor ya. Las dos menos siete y por fin se escucha la famosa frase que todo estudiante interpreta como que puede empezar a recoger: «¿Alguien tiene alguna pregunta?» Por desgracia en mi clase también está el típico alumno que siempre tiene una pregunta al final de la clase. Los odio. Siempre he creído que lo hacen para pelotear al profesor o para demostrar que han estado atentos. Hay manuales en la biblioteca, están las tutorías o internet, si tienes alguna duda usa estas herramientas pero no fastidies a toda la clase. Creo que hasta el profesor se dio cuenta de las intenciones de la pregunta del chico y le emplazó a respondérsela fuera de clase, mientras con un gesto nos indicaba que ya podíamos salir.

Me fui corriendo hacia mi casa para comer rápido y seguir con aquella historia que me tenía absorta. Maldita sea, hoy me tocaba a mí limpiar la cocina. Normalmente después de almorzar suelo tirarme en el sofá a ver cualquier programa en la tele. Menos los de cotilleos, esos me parecen vergonzosos. Nunca he sido una chica que se meta en la vida de los demás, así que no me causa ningún interés tampoco conocer la de los famosos. Tardé relativamente poco en terminar mis quehaceres. Me senté en mi escritorio con aquel papel delante, mi cigarro en la boca y seguí descifrando y leyendo

la historia de Geelah. La letra a partir de esta parte era bastante ilegible, el papel estaba desgastado, por el tiempo seguramente. Conseguí descryptar un párrafo y comencé a leer.

Aún recuerdo aquel día como si fuera ayer. Íbamos caminando por el centro para encontrarnos con unos amigos en nuestro bar de siempre, cuando dos hombres nos pararon y te pidieron tu DNI. Estábamos atónitos, no entendíamos qué estaba pasando, quiénes eran y por qué querían el DNI de mi amiga. Entonces nos enseñaron sus placas de policía, y tu mirada me hizo entender que ya sabías qué estaba ocurriendo. Mientras les explicabas que no tenías documentación yo me negaba a asumir lo que ahí estaba pasando, aún seguía preguntándome qué más les daba a ellos si tenías un carnet con tus datos o no. Eras mi amiga, sólo íbamos a tomar unas cervezas. La situación me sobrepasaba, sabía lo que pasaría ahora pero me negaba a aceptar que fuera así. Estaba bloqueado, sin embargo tú estabas tranquila, como si supieses que algún día te iba a tocar a ti. Te esposaron y te metieron en un coche, sin dejar que me despidiera de ti.

Tenía un nudo en la garganta. Estaba sobreco-gida por lo que acababa de leer. Era una sensación de impotencia, a la vez que de asombro por la abrumadora realidad del riesgo que tienen que vivir las personas inmigrantes. En ese momento recordé un seminario que di el año pasado sobre el derecho de los extranjeros en nuestro país, y cómo allí sólo nos contaron la parte jurídica, pero nunca la parte humana. A mi impotencia y asombro se unía la

rabia cuanto más pensaba que había responsables directos de que las leyes de extranjería obviasen la perspectiva humana de estos asuntos que regulan. Llamaron a la puerta de mi cuarto. Era mi compañera de piso para avisarme de que había hecho café. Aparqué la historia por un momento para despejarme y merendar. Me dolía la cabeza, era bastante complicado estar continuamente forzando la vista para averiguar qué ponía en aquel papel.

Mientras me tomaba un café y un cruasán de chocolate con mi compañera charlando sobre la multitud de trabajos que nos habían mandado hoy recordé que aún ni siquiera había empezado el mío. La misteriosa historia me tenía totalmente absorbida. Muy a mi pesar, cuando acabé de merendar, tuve que sustituirla por el ordenador portátil donde hacer el trabajo que me habían encargado esta mañana. Era el quinto ya en lo que llevábamos de cuatrimestre y ni siquiera habíamos llegado a diciembre. Este sistema de evaluación impuesto por el Plan Bolonia me tenía frita a trabajos. Muchísimo tiempo invertido en casa para tan poca repercusión en la nota final. En fin, no me quedó más remedio que dejar la queja para otro momento y empezar a escribir sobre las nuevas reformas de las leyes mercantiles.

Terminé el trabajo a las once de la noche, con un hambre atroz y con cierto dolor en los dedos de tanto teclear. El día de hoy había sido larguísimo, o a mí por lo menos se me había hecho eterno. Así

que decidí tomarme lo que quedaba de noche para cenar, descansar y ver una película con mis compañeros de piso. Como siempre, hoy tampoco nos pondríamos de acuerdo sobre cuál ver. No sé por qué no me hacen caso desde el principio cuando siempre soy yo quien propone las pelis más entretenidas. Finalmente la lógica venció y la película de hoy será la que les había propuesto sobre un preso injustamente condenado a pena de muerte en Estados Unidos que tendrá que demostrar su inocencia contrarreloj.

Menudo susto me llevé cuando sonó el despertador y me desperté en el sofá totalmente desorientada. Necesité algunos minutos para recordar que anoche estuvimos viendo la película y probablemente me quedase dormida. Una vez ubicada me sobresalté al pensar que llegaba tarde, pero hoy tenía clase a las doce, así que aproveché para meterme en la ducha y después ir a por churros para desayunar. Como sólo tenía dos horitas de clase iba a poder volver a centrarme pronto en seguir leyendo la historia que encontré en el libro de la biblioteca. Pasé la clase entre bostezo y bostezo, me aburría. No sé si porque la clase estaba siendo aburrida o porque en comparación con lo que iba a hacer luego nada podía ser igual de entretenido. Miraba el reloj constantemente sin prestar mucha atención a las explicaciones de la profesora hasta que escuché la palabra mágica: «examen». De repente, como si fuera mi perrita Cuca cuando oye «¡Vamos a la ca-

lle», levanté las orejas para intentar captar la información. Le puse un asterisco al apartado que estaba avisando que entraría en el examen y ya puestos me reenganché a lo que quedaba de explicación.

Cuando llegué a casa y almorcé me dispuse a seguir con mi aventura de descryptación lingüística.

Pasaron dos días hasta que te llamaron a juicio, sabíamos que legalmente no había posibilidad de que te quedaras en España pero esperábamos que el juez tuviera un gesto humano fuera de la legalidad.

No era la primera vez que conocía casos entre los que legalidad y justicia social no iban de la mano. Es algo que los aprendices de juristas estamos obligados a asumir. Resoplé y continué leyendo.

Estuve en el juicio, al fondo de la sala sin poder apartar la mirada de ti. No sabía qué pasaría. No sé si tendría la oportunidad de despedirme. Fue rápido, apenas quince minutos en los que lo único que escuché fue la ley número no sé qué dice tal cosa y la ley número no sé cuánto dice tal otra. En ningún momento se interesaron por saber cómo era tu vida en el Sahara. O por qué decidiste embarcarte en una patera para venir a España dejando atrás a tu familia, tus amigos y tu hogar. Reconozco que se me saltaron las lágrimas, no sólo por cómo se iba desarrollando la vista sino porque cada vez era más consciente de que iba a perderte para siempre.

No podía leer más, hasta yo tenía los ojos llo-
rosos. Era consciente de que problemas como estos
existen en nuestro país, pero jamás había tenido
una visión tan cercana y humana del proceso al que
se enfrentaban las personas indocumentadas. Me
levanté de la silla. Necesitaba fumarme un cigarri-
llo. Mientras, seguía leyendo.

Finalmente pasó. Los peores augurios que pasaban
por mi cabeza se cumplieron. Te sacaron de la sala
arrestada, como una delincuente, mientras yo sólo
podía llorar y negar con la cabeza. Me sonreíste justo
antes de salir. Nuestras manos se rozaron lo suficiente
para notar cómo te escapabas entre mis dedos. Salí
corriendo de allí. Nunca más volví a verte.

Era la historia más conmovedora que había leí-
do nunca. Sólo quedaba ya media página de aquella
historia de injusticias. Me acabé mi vicio de nicoti-
na y terminé de leer la carta.

No sé qué será de ti. No sé cuándo volveremos a
vernos. No sé cuándo te deportarán al Sahara. No
sé qué pasará contigo cuando llegues. En el fondo
de mi corazón quería pensar que volver a ver a tu
familia sería lo que te mantendría con la alegría y
la fuerza necesarias para sobrellevar esta situación.
Cuando leas esta carta quiero que me perdones. No
fui capaz de enfrentarme a los policías responsables
de la redada racista que sufriste. No fui capaz de
hacer nada para evitar que te alejaran de la vida que
habías construido en España con mucho esfuerzo,
ilusión y trabajo duro. No fui capaz de despedirme
de ti. Lo siento, Geelah.

Mi corazón latía a mil por hora. No tenía palabras para describir lo que sentía al leer ese relato. Pero había una sensación que prevalecía sobre cualquier otra que sintiera en ese momento: tenía que saber qué había pasado con Geelah.

Le escribí un mensaje a una amiga que es voluntaria en una ONG, a ver si entre las dos podíamos intentar averiguar algo sobre Geelah. Muchas personas que llegan a España vienen sin apenas recursos por lo que acuden a distintas organizaciones no gubernamentales para que les ayuden. Nos pasamos más de una semana llamando a los distintos colectivos de la ciudad que se dedican a las labores de auxilio a inmigrantes indocumentados. Al noveno día consecutivo buscando alguna información sobre Geelah encontramos una pista. Por fin. En la ONG «Somos personas» conocían el caso de Geelah y nos pusieron en contacto con ella. No sabíamos qué había pasado con ella pero estaba en España.

Era una sensación rarísima. En cinco minutos iba a tomar café con una persona de la que, sin haber visto nunca, conocía seguramente la parte más dura de su vida. Cuando llegué al bar de encuentro sólo había una persona con rasgos africanos. Me acerqué y con la voz entrecortada por los nervios le dije:

—¿Geelah?

Ella giró la cabeza hacia mí y me sonrió a la vez que me respondía: «Sí, soy yo. Tú debes de ser Patricia». Asentí y me senté a su lado. Justo enton-

ces se acercó el camarero para tomarnos nota. No podía apartar la mirada de esa mujer. Aparentaba unos sesenta años pero seguía igual que como la describían en esa carta. Su piel seguía siendo negra, pero de un color oscuro especial, como el café tostado. Sus ojos verdes seguían reflejando la fortaleza y la valentía de aquella sexagenaria.

No sabía por dónde empezar así que directamente saqué la carta de mi bolso y la nota que ella había escrito. Las puse encima de la mesa y se las acerqué.

—Esto es suyo me parece, Geelah. Lo encontré en un libro —en cuanto Geelah vio el papel supo de qué se trataba. Sus ojos empezaron a humedecerse cada vez más, hasta que no pudo aguantar las lágrimas y rompió a llorar.

—Esta carta me la escribió Víctor antes de morir. Era el único recuerdo que logré conservar de él. Cuando los militares marroquíes asaltaron nuestro campamento se me ocurrió guardarlo en un libro que él me había traído de España.

En otras condiciones apenas podría haberla entendido entre sus sollozos, pero en ese momento no podía oír ni ver nada más que a aquella anciana llorar como si esa carta fuera lo más preciado de su vida. Le di un pañuelo para que se secase las lágrimas y continuase su historia.

—Después de salir de aquel juzgado estuve un mes en la cárcel para negros, como lo llamábamos dentro. A los treinta y dos días me subieron a un

avión destino a África. Cuando llegué al campo de refugiados para subsaharianos fui a buscar a mi familia, pero no estaba. Pregunté a los vecinos por ellos y me anunciaron que todos habían enfermado de un virus y no pudieron sobrevivir sin los medicamentos necesarios. Tenía entonces diecinueve años, estaba sola en un campamento-refugio, sin comida, sin dinero y sin un lugar donde dormir cuando cayera la noche. No sé que habría hecho sin Aamaal, una mujer mayor que me acogió y me trató como a una hija más. Trabajé en el campo durante meses hasta que un día apareció Víctor. Recuerdo que acababa de recoger la última siembra cuando escuché mi nombre a gritos, giré la cabeza y allí estaba él. Lo primero que pensé al verle fue qué hacía en un lugar como ese. Creo que era lo que más me gustaba de él, era imprevisible. Siempre conseguía todo lo que se proponía —por fin, Geelah sonreía mientras contaba la historia. Se notaba que estaba muy enamorada de él—. Queríamos irnos del campamento y volver a España para casarnos y formar una familia. Por desgracia, la vida tenía pensada para mí otra condena más y Víctor enfermó a los pocos días de estar allí —de nuevo Geelah rompió a llorar mientras yo le acariciaba el hombro para consolarla—. Lo amé muchísimo, era una bellísima persona, se merecía vivir eternamente. No era justo que muriese por venir a rescatarme —susurraba entre sollozos—. En su lecho de muerte me hizo

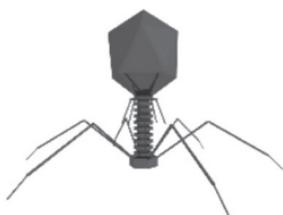
jurar que con sus ahorros volvería a España y lo enterraría junto a su abuela. Y así lo hice.

Terminamos nuestros cafés, estaba oscureciendo ya y me ofrecí a acompañarla hasta su casa. Paseando ella me contaba experiencias del campamento saharauí. Geelah había sufrido muchísimo, era todo un ejemplo de mujer fuerte, valiente y luchadora. Llegamos pronto a un antiguo bloque del centro donde nos despedimos bajo el umbral del portal.

—Muchísimas gracias por haber recuperado esta carta. Necesitaba volver a leerla y recordar una vez más lo mucho que Víctor luchó por mí. De verdad, no puedes imaginarte lo que significa esto para una pobre vieja como yo que ha sufrido tanto.

—No hay nada que agradecer, Geelah. Es usted la mujer más valiente que jamás he conocido. Es más, debería pedirle perdón en nombre de este país carente de humanidad que permite que personas como usted sufran así —nos abrazamos fuerte y me despedí de ella hasta otro día.

De camino a casa me sentía tan cansada que cogí el autobús en lugar de irme andando. Había empleado mucho tiempo en descubrir el origen de aquella historia, pero haber ayudado a Geelah a recuperar el único recuerdo que le quedaba de su marido no había dinero en el mundo que lo pagase. Ya sabía cuál iba a ser mi ámbito laboral del Derecho: defender los derechos humanos de todas las personas, sin excepción de su lugar de nacimiento.



Este libro se terminó de componer el 15 de julio de 2016, día que las Naciones Unidas declaró como Día Mundial de las Habilidades Juveniles, y cuyo reconocimiento se trasluce en la capacidad de estos jóvenes escritores para relatar con vivacidad y frescura su vida universitaria.





Este libro es el resultado del Certamen Literario de Narrativa Breve de la Biblioteca de la UCA. Las obras premiadas se recopilan en un volumen publicado por la Editorial UCA, forman parte de la colección «Libro de Bienvenida», y cada curso académico se obsequia al alumnado de nuevo ingreso con un ejemplar del volumen premiado. Tanto el Certamen Literario como su consiguiente Libro de Bienvenida pretenden promocionar la creación literaria entre los estudiantes universitarios, asentar un espacio de expresión y creatividad dentro de la propia Universidad de Cádiz, promover el hábito de la lectura y, muy especialmente, personalizar la relación con el libro y la biblioteca que, a partir de su entrada en la universidad, habrá de guiar a los estudiantes en su vida académica.

Editorial  UCA

Colabora

CONSEJO
SOCIAL 

